CUENCA IBERICA

(LENGUAJE Y PAISAJE)

por

MIGUEL DE UNAMUNO

LUCERO

EDITORIAL SENECA

MEXICO, D. F.



John A. Mackay

MIGUEL DE UNAMUNO

CUENCA IBERICA

(LENGUAJE Y PAISAJE)

Printed and made
in México
Impreso y hecho
en México por
Editorial Séneca

Cuenca Iberica

(*LENGUAJE Y PAISAJE*)

por

MIGUEL DE UNAMUNO

LUCERO
EDITORIAL SENECA
MEXICO, D. F.

MIGUEL DE UNAMUNO

y

El santo oficio de escritor

LEYENDO *y releyendo a Unamuno, ahora, en este, nuestro luminoso destierro de España, encontramos en sus palabras no sólo esperanza y desesperanza de tantas venturas y daños como nos duelen en la conciencia de ella, sino sentimiento conmovido de esa conciencia misma, que es pensamiento claro y hondo de lo español, pensamiento conmovedor de la patria; pues en la palabra de Don Miguel, para quien los sentimientos eran eso: pensamientos en conmoción, sentimos y pensamos conmovedoramente la conciencia viva de España; que por serlo suya lo es nuestra; y por verificarse, de ese modo temporal, en conciencia tan clara y dolorosa de sí, se nos muestra como preñada de esperanza y desesperanza humana, de memoria o recuerdo tan profundo que más que del pasado o de lo pasado se nos figura, hasta con nostalgia, imagen de*

lo venidero, de lo que de tanto desesperar estamos esperando siempre.

Y es que el escritor que lo es de veras es un verdadero inquisidor del alma de su pueblo por el lenguaje que lo verifica; como lo fué tan agudo y penetrante de lo español, del alma popular española, nuestro Don Miguel de Unamuno. Leerle y releerle, más que para saciar en sus palabras nuestra sed de verdades, sirve para prolongar y escocer en nosotros esa misma sed de la que dijo Dante que es un dulce beber insaciable ("lo dolce ber che mai non m'avria sazio!"*). Porque el que escribe como Unamuno escribía, escribe para exprimir su sed de verdad al expresarse (expresarse es exprimirse" nos dijo) haciendo oficio de inquirir en "las entrañas palpitantes del idioma" como los augures en las de las bestias despedazadas para eso. ¡Y qué santo oficio! El santo oficio de escribir que es sabio oficio de inquirir en las palabras y con ellas el lenguaje que expresa porque exprime la conciencia humana. Es un entrañable presagio o mensaje divino el que las palabras de esta manera nos ofrecen. Por eso hay que aprender a leerlas descifrándolas, desentrañándolas de la sangre lastimosa en que late aún su misterioso estremecimiento. Aprender a leernos a nosotros mismos en ellas. "¿Por qué no hemos de poder tratar alguna vez, lector amigo —o enemigo, que es igual—,*

—decía Don Miguel— de nuestras relaciones mútuas, de nuestro modo de entendernos recíprocamente?" —¿De entendernos y desentendernos, de ese modo, el uno del otro?—.

Son estas palabras, que cito, de Don Miguel, del artículo EN CONFIDENCIA, *que es uno de los que en este libro aparecen. En el cual seguimos leyendo: "Y a este último propósito alguno de vosotros me ha preguntado que si lo que más me propongo es hacer lengua y más buscar la expresión que lo expresado. ¡Pues claro! Pero es que lo expresado es la expresión misma. Y así busco por mis esfuerzos por expresarme el que tú, lector, te esfuerces por expresarte, acaso en contradicción conmigo. Y expresarse es exprimirse. Que te exprimas, pues. Y hacernos lengua común es hacernos comunidad y comunión. Y trabajando uno en hacerse lengua para otros se hace a sí mismo y se enriquece y acrece para enriquecer y acrecer a otros, a los que le oigan. Que la lengua es caudal común y quien lo mejora mejora a la comunidad. Y ¡si supieras, lector amigo, lo que es este empeño y menester de aclarar, fijar y acrecentar el modo de entendernos! ¡Si supieras bien lo que es este oficio de escritor público cuando es algo más que ganapanería!"*

¡El santo oficio de escrito público! ¡Santo oficio de inquisición verdadera! Empeño y menester que decimos santo por caritativo o amoroso; por-

que aclara, fija y acrecienta el caudal del lenguaje común: "¡Que no me entiendes bien? —nos pregunta Unamuno—. Pues aprende mi lengua, nuestra lengua o déjalo. Y si la aprendes, si la aprendemos de consuno, deja que así, al desgaire, desencadenemos —esto es, libertemos— lugares comunes para hacérnoslos propios. Y propio el sentido común."

Así, al desgaire solemos andar los escritores desencadenando, libertando lugares comunes, que, al hacérnoslos propios, vuelven a hacerse comunicables, recuperando su sentido común apropiadamente: "Oye uno para poder hablar —escribe Don Miguel—, lee para poder escribir, esto es, consume para poder producir. O, mejor, se consume para poder producirse, y se produce para recobrarse a sí mismo de la propia consunción. Y cuenta que producirse es reproducirse, reproducirse en otros, y siempre con el hipo de poder dejar en la vida común de este mundo, en su historia, rastro y reguero. ¿Y cuál mejor modo de ir haciendo y rehaciendo este nuestro bien común que es la lengua con que nos entendemos? Creéme que los que hagamos lengua haremos pensamiento y sentimiento comunes." —Porque haremos conciencia—.

Hacer pensamiento y sentimiento comunes, al comunicar aquello que sentimos y pensamos como si

fuese propio, es inquirir por las palabras la razón y sentido, comunes y propios, de la conciencia. Porque es la conciencia individual la que entraña y genera ese pensamiento y sentimiento de cuya expresión hace el escritor público su oficio, y no sólo beneficio propio sino común, que decimos santo. Y son sus palabras ese lenguaje que forma o hace germinar el sentimiento, en conmoción de pensamiento, de donde aquel oficio socrático de partero, que también recordaba Unamuno, para concluir que todo esto es conversación o conversión creadora, y recreativa: "Y todo esto, al fin de cuenta, es que conversando así —y conversar es convertirse como expresar es exprimirse— nos hagamos del lenguaje común, que es la verdadera patria de nuestros espíritus, algo vivo en creación y recreación continua. —¿Te parece poco, lector amigo?—."

¡La verdadera patria de nuestros espíritus! La de nuestro lenguaje común y propio, y por eso, patria española. "Algo vivo en creación y recreación continua." Y así el oficio de inquirir escribiendo es santo oficio patriótico; esto es, verdaderamente generador y reproductivo —porque no ganapanería—; reproductivo de pensamiento y sentimiento por la palabra en lenguaje común: de creadora y recreativa comunión humana; rastro y reguero espiritual en la historia, o sea, en la conciencia.

Siguiendo ese rastro o reguero de la palabra unamunesca en la historia española, rastro sombrío y luminoso, lo sentimos de esa manera relampaguear en nuestra mente. Y al sentirlo o pensarlo conmovido, inquirimos a su reflejo su pasmosa clarividencia. Que lo es poética y profética de nosotros mismos. Como si se desentrañase, en efecto, su palabra del lenguaje vivo, propio y común, criatura renaciente, ensangrentada y palpitante.

Hay que aprender, lector amigo o enemigo, el lenguaje tan propio y común a un tiempo mismo de los escritores verdaderos: de los que no hacen su lenguaje "pavimento de lugares comunes" sino su liberación para hacerlos propios. No hay que buscar lo que está fuera de nosotros en ese empeño; lo que a fuerza de parecer de todos no es de nadie; sino aquello otro que para ser de todos verdaderamente tiene que empezar por ser nuestro: tuyo y mío.

Y esto es lo placentero y doloroso de tener que engendrar y parir en nosotros mismos y de nosotros mismos cualquier palabra verdadera. De nada sirve ilusionarnos con las que los demás nos ofrecen si antes no las hacemos en nosotros sangre y carne propia. Porque no de otro modo llegaremos a darlas a los demás, a enriquecer y acrecentar con ello la patria y patrimonio común. Que la palabra como la sangre, dije muchas veces, vale

cuando se cumple, y se cumple cuando se da, no cuando se quita. Sólo que para poderla dar, primero hay que tenerla; pues no se puede dar lo que no se tiene.

¿Cuándo tiene y para qué tiene el escritor su palabra? En confidencia, que es confianza, nos lo dice Unamuno. Y nos recuerda aquello que a él le decía un predicador de que no puede alternarse bien la prédica con el confesonario; que el que confiesa no predica: porque lo que se confiesa, no se predica. Sin embargo, nuestro Don Miguel predicó y confesó la palabra española, a un tiempo mismo, y admirablemente. Porque es predicación y predicción común la suya, cuando la hace oficio de público escritor, inquisición en el lenguaje y por el lenguaje del alma popular de su patria. Y es confesión propia cuando nos la comunica de ese modo confidencial a cada uno, en conversación confiada, para conferírnosla o confirmárnosla o convertírnosla en conciencia de veras; en conciencia puesta a parir verdades: a darlas a luz por la palabra. Conciencia en que leer la historia viva, convirtiéndola o verificándola, a su vez, en leyenda, en lectura. Que así se escribe la historia; para leerla: para hacerla más verdadera haciéndola leyenda o lectura de poesía y profecía. Que así la historia se repite o se memoriza y recuerda, se anima y profetiza o poetiza. Que no es la profecía,

escribí otras veces, la que se nos cumple en historia sino la historia la que se nos cumple en profecía: por la palabra; porque de este modo se la digiere y asimila.

La historia no se repite, dice el adagio y es verdad: más bien se nos repite cuando se nos queda o indigesta en el alma, cuando no la digerimos ni asimilamos; o cuando nos repite a nosotros ella, porque nos quedamos en ella, porque no nos digiere ni asimila.

¡Historia de lectura o de leyenda, la más verdadera, es esta que inquirimos escribiéndola, por la palabra! La que nos dejó dicha en su palabra española, haciéndonosla conciencia propia y profecía común, Don Miguel de Unamuno. Porque la palabra de todos y de cada uno de nosotros es leyenda o lectura que cambia de color como la historia, y como nos dijo otro poeta que hace el verde follaje del olivo bajo el soplo del viento:

> *"la tua parola cangia di colore*
> *come fece l'ulivo soto il vento".*

También los olivos están solos; y solidarizados cuando cambian de color bajo el viento. Y cuando no cambian, nocturnos: ¿solos con sus sombras y sus mochuelos?

¿Por qué no escribe usted como todo el mundo? suele preguntársenos a los escritores solitarios, so-

lidarios de nuestras comunes soledades propias. Y así se lo preguntaban a Don Miguel. A lo cual responden por nosotros olivos y mochuelos. Porque todo el mundo no escribe; como no lee. Se escribe y se lee para el mundo todo y por el mundo todo; lo cual es hacerlo del todo y para todos en cada uno. Que "cada uno es cada uno" dice nuestro pueblo de Madrid —"el Madrid de la España eterna"—: como el olivo y el mochuelo. Y cada mochuelo a su olivo o a su alero: a su alero del tejado propio y común; tejado de vidrio, alero de ala y ala de pluma. ¡Santísimo oficio el de escribir que es inquirir verdad!

Nos cuenta Don Miguel en su confidencia que cuando hablaba en público se quitaba sus gafas lechuzinas para poder leer el guión de notas que llevaba consigo, y que advirtió, al hacerlo, que sin sus gafas no veía a sus oyentes sino en masa confusa, siéndole imposible distinguir o individualizar en ellos a ninguno: y que por eso prefería quitarse sus gafas, desde luego, para no ver más, ante sí, que esa confusa masa indistinta de su auditorio. ¿Para no ver y no sentir en cada uno sus palabras cambiando de color como las hojas del olivo al soplo del viento?

Muchas veces oímos calificar así, a, este, nuestro Don Miguel de Unamuno, de tenebroso espíritu solitario, de lechuzino y agorero; achacándole sus

más vivas contradicciones, que son las que nos dicen la conciencia verdadera de España, y llamándole escritor señero, avechucho oscuro y vigilante, tan huraño, tan amigo de soledades que abre su pupila nocturna como el pajarraco de la sabiduría celeste entre las verdes hojas de su individual olivo. Cuando la sombra de la noche enmudece al verde o verdinegro, plateado olivar solitario, ensombreciendo su follaje que a la luz del día fué cambiante perpetuo de color al soplo del viento, allá, en su olivo, solo, el mochuelo se encarama y asienta, sereno en su penumbra: la brisa mueve blandamente su rama, y en sus grandes pupilas inmóviles se refleja el latir conmovido de los luceros o el luminoso paso de la amistosa compañía de la luna, silenciosamente. A ese supremo inquisidor del mundo corresponde el entendimiento temeroso de la conciencia humana: el santo oficio de escribir, que es inquirir en ella. —"¿Te parece poco, lector amigo?"

TAMBIEN *nos recuerda en estas páginas, aquí recogidas, nuestro Don Miguel de Unamuno aquello que nos dice que dijo Byron de que es el paisaje estado de conciencia; andando el tiempo nos dirá Amiel que es estado de alma. Una y otra cosa,*

estado de alma y de conciencia, es el paisaje español para los ojos lechuzinos de nuestro poeta. "El paisaje es un lenguaje y el lenguaje es un paisaje", nos dice: y nos lo dice a propósito de "el lenguaje y el paisaje castellanos, naturales y nacionales". Porque lo que inquieren en el paisaje los ojos palabreros, es lo mismo que los oídos —cuenca o concha de la palabra— en el venero entrañable del habla popular: la contemplación de la historia como naturaleza y de la naturaleza como historia. "Contemplar la naturaleza como historia y la historia como naturaleza —escribe Don Miguel— el paisaje como lenguaje y el lenguaje como paisaje." Esto vieron sus ojos y oyeron sus oídos —o vieron sus oídos y escucharon sus ojos, como nos dice la Escritura—. Esto verá el lector en las páginas aquí recogidas: lenguaje y paisaje de España, estados de alma, de conciencia española. Y por eso creemos estas páginas admirables de nuestro Unamuno de las más hondas y perfectas que salieron de su pluma. Forman, juntas, un pequeño breviario de su pensamiento y estilo. Empiezan, en el orden en que se ofrecen en este libro, evocando Madrid —"el Madrid de la España eterna"— y remontándose del callejear por sus ciudadanos recuerdos —y esperanzas— hasta la sierras y los campos de Castilla; siguen por ellos, y los otros paisajes españoles que nos describen, bajando a la mar en Alicante,

y volviendo de nuevo a los horizontes castellanos, hasta irnos, poco a poco, integrándonos, en visión y lección conquense, de vertiente a vertiente ibérica, la imagen entera y verdadera de nuestra patria. Y en todas estas páginas inmortales, de las mejores si no las mejores que nos dejó escritas Don Miguel, lenguaje y paisaje se entrelazan, entrañablemente, tejiendo, entretejiendo, o barajando y desbarajando (barajuste y desbarajuste) la divinidad de ese sueño español que no se rompe en la conciencia unamunesca que lo espeja; de ese sueño hacedero o creador de España, por la fe, de la que nos nace, como quería el españolísimo Lope, su esperanza. "Y volví a soñar en seguir soñando a una España eterna e infinita, y en fuerza de soñarla hacerla, que es milagro de fe", nos dice Unamuno. "¡En fuerza de soñarla hacerla, que es milagro de fe!" Así lo sentimos y pensamos y queremos nosotros releyéndole; sintiendo, y pensando y queriendo a este nuestro —¡nuestro! ¡nuestro!— Don Miguel de Unamuno, en esta, suya —y ¡nuestra! ¡nuestra!— España.

DEBEMOS *el poder ofrecer al lector las páginas que siguen al generoso empeño español de un verdadero amigo nuestro, Ramón Lavandero, que*

junto con el joven hispanista americano Lowel Dunham, nos han proporcionado copia fotostática de los artículos que aquí reproducimos, y que fueron publicados en Madrid, entre 1932 y 1933, creo, en los diarios "EL SOL" y "AHORA". La selección y el orden en que aparecen, son los que estos amigos les dieron. Yo quiero dejarles aquí mi agradecimiento, que será el de todos los lectores de este libro, y sobre todo, el de sus lectores españoles.

En México, ciudad, la primavera de 1943.

JOSE BERGAMIN

CUENCA IBERICA

(LENGUAJE Y PAISAJE)

LLEGO por primera vez el comentador a Madrid —un mozo morriñoso—, en 1880, al abrirse el próximo curso académico hará cincuenta y dos años; al Madrid de la España —tan madrileña entonces— de Alfonso XII y el duque de Sexto, de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico, de Pereda y Pérez Galdós. Fué a dar en una bohardilla de la casa de Astrarena, toda fachada se decía, en la red de San Luis, entre las entradas de las calles de Fuencarral y Hortaleza, casi donde hoy se alza el babélico edificio de la Telefónica, ese rasca-cielos contra el cielo que menos rasquera tiene, que es el de Madrid. Delante de la casa, la calle de la Montera, llevando a la ya legendaria Puerta del Sol, la de la bola simbólica de Gobernación. En esa calle, la iglesia, de estilo jesuítico, de San Luis, donde quebró la seguida de sus misas regulares, y enfrente de la igle-

sia, el que su profesor —que no maestro— de Metafísica, Ortí y Lara, llamó el blasfemadero de la calle de la Montera, el antiguo Ateneo, el de Moreno Nieto, del que hizo Cánovas del Castillo un asilo para todas las rebeldías verbales. Y vivió aquel Madrid lugareño, manchego, a las veces quijotesco —"en un lugar de la Mancha..."— de las sórdidas calles de Jacometrezo, Tudescos, Abada, y lo vivió enfrascándose en libros de caballerías filosóficas, de los caballeros andantes del krausismo y de sus escuderos. Se puso a aprender alemán, traduciendo, entre otras cosas, la "Lógica" de Hegel. ¡Qué años aquéllos! ¿Pasaron por él? No, no pasan los años por uno, sino es que es uno quien pasa por los años. Los años le quedan.

Hoy el comentador, rico de años —y aun, por herencia, de siglos— y rico de recuerdos, y por herencia, de esperanzas, recorre, señero, lo que de su Madrid de la mocedad aún vive para remontarse el corazón. Busca frescuras, ya de fuentes, ya de verdor de vida. Y a lo mejor topan sus ojos, allí, en la calle de Leganitos, con una higuera presa entre casas ya no lugareñas. Y busca rinconadas, encrucijadas, plazuelas, donde se haya remansado la leyenda cotidiana. Y en esos remansos va a bañarse en agua espiritual eterna. Que si Heráclito dijo "no bañas tu pie dos veces en la misma agua", esto no reza cuando uno se chapuza en remanso, en pozo o en pantano.

Y, recorriendo este Madrid, he aquí que al rozar en ciertos rincones con sombras de sueños de antaño empiezan éstos a pizcarle el corazón arrancándole pizcas de recuerdos de mocedad estudiantesca y haciéndole columbrar en lo que pasa lo pasado, en lo corriente lo ya corrido. Y así, hace pocos días, le detuvieron la mirada y el pecho esos dos delfines, colas de arpón en alto, que a la entrada —o salida— de la calle de Santa Brígida, esquina a Hortaleza, siguen vomitando sus chorros de agua fresca de la llamada Fuente de los Galápagos. ¿Dónde está el galápago?, se preguntó. Acaso sea su caparazón aquella concha en que yacen, colgados, los delfines. Y sobre éstos la inscripción: "ANNO DNI, MDCCLXXII". En el año del Señor 1772.

Fuente urbana esa del chaflán de San Antón. En torno a fuentes públicas se reúnen en los lugarejos, y aun en los lugarones, las mozas de la vecindad; la fuente es fuente de las murmuraciones y comadrerías lugareñas. Al susurro brizador de la fuente, de su surtidor, surten leyendas que son pasatiempo.

1772... Carlos IV, María Luisa, Godoy, Goya.... Víspera de la Revolución, la francesa, cuyas salpicaduras, escurriduras y rebotes sintieron luego, sin dejar de dar su frescor de agua pura corriente, esos delfines simbólicos. Y luego Napoleón el Unico y el dos de mayo madrileño —¡parque de Monteleón!—, en que alguno de aquellos majos iría a

refrescar la sed de su encono en los chorros de Santa Brígida. Y luego Fernando VII, el Deseado por los aguadores que berreaban "¡vivan las *caenas!*". Y los delfines oyeron el himno de Riego, el llevado en un serón a muerte. Y oyeron rumores de la primera carlistada, cuando Gómez se llegó a las puertas de los arrabales de Madrid. Y luego.... Luego oyeron las pisadas de la otra revolución, de la chica —¡le llamaron Gorda!—, de la nuestra, de la setembrina, de la que trajo Doña Isabel, de la de Prim, el que no estuvo en Alcolea, y a lo lejos, después, los trabucazos que acabaron con el caudillo. Y seguían los chorros surtiendo agua y leyenda frescas. Y vino la segunda carlistada, aquella de que este comentador, niño que se abría a la historia, fué testigo conmovido.

Y los delfines de Santa Brígida de los Galápagos sintieron el respiro ansioso, a las veces acezo, de la primera República española, la del 73, que antes de llegar a añoja se ahogó en aguas de Cartagena, a la vista de los delfines del mar mediterráneo. De aquella República espejo. Y luego sintieron el choque de los cascos del caballo del llamado Restaurador, que entraba en su villa y corte natal. Y después el rumoreo callejero, alegre y confiado, de aquel Madrid madrileño en que se vió envuelto el comentador cuando vino a soñar vida civil y nacional entre la iglesia de San Luis, el rezadero, y el antiguo Ateneo, el blasfemadero de la calle de

la Montera. ¡Inocentes rezos e inocentes blasfemias!

Y en tanto cada año —van ya ciento sesenta— los delfines engalapagados oían en el día de San Antón, abad, el del cerdo y las tentaciones, rumor de pezuñas, relinchos, rebuznos, gruñidos de cochinos y vocerío de jinetes y de romeros. Era que pasaban caballos, mulos —algunos majamente enjaezados—, borricos, jumentos, acémilas, puercos.... Era la bendición de la cebada. Y hay también la bendición de los campos para que sobre ellos recaiga, de los delfines celestiales, la lluvia que cría cebada y uva y aceituna y el trigo que nos da el pan nuestro de cada día mientras nos aprieta el cincho del hado histórico.

Y entre tantos monumentos nuevos y modernos, que llegarán acaso a hacerse viejos, pero no antiguos, y mientras se encapucha supersticiosamente a las regias coronas de los escudos ministeriales, ahí están esos delfines centenarios. Por los chorros de sus bocas corre sin cesar el agua endechando en eterna frescura un susurro, pulsando en el teclado de los días pasajeros la misma nota siempre..., siempre.... Que al decir: "¡así va todo!", dice: "¡así viene todo!" Susurra la permanente transitoriedad de la cosa y la vida públicas, la queda de lo que se pasa y el paso de lo que se queda, la estadía de la corriente y el curso de lo que se está. Y en armónica con el: "¡así va todo! —¡así viene

todo!", susurra: "¡así se queda todo!" Todo, todo: revolución y reacción, progreso y tradición, rebeldía y cumplimiento, fe y razón, dogma y crítica, sueño y vela —yedras entre escombros de ruinas—, nacimiento y muerte —dos tránsitos—, todo y nada....

Tal vez el rezo que desparraman por la rinconada de San Antón, badajos de la infinita campana de la pasajera eternidad humana, esos Delfines de Santa Brígida de los Galápagos de este Madrid de la España eterna.

CALLEJEO POR LA DEL SACRAMENTO

¿NO te ha acontecido, lector amigo, sentir ansión de huir de la actualidad embargante para buscar la potencialidad del recuerdo liberante? ¿No te has sentido aislado en medio de la "enloquecedora muchedumbre" ("madding-crowd", que dijo Gray, poeta) de una gran urbe que vive al día, cinematográfica, telefónica y radiográficamente. Pues este comentador sí. Y estando desterrado en París solía escaparse de las avenidas y los bulevares muchedumbrosos para recogerse en la sosegada isla de San Luis, o en el Palais Royal, henchido de recuerdos de la Gran Revolución, o en la Plaza de los Vosgos, plaza para abuelos y nietos, donde vivió y murió el gran abuelo —poeta también— Víctor Hugo, y lugares los tres muy lugares. Y aquí mismo en Madrid.....

Mi gran amigo Guerra Junqueiro, el gran poeta portugués, soportaba mal, no sé bien por qué, a

Madrid. "En todas las grandes plazas —me solía decir en la de Salamanca— las muchedumbres tienen movimientos rítmicos, menos en la Puerta del Sol de Madrid." Otra vez: "Por estas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño." Otra: "En este cielo —el de Salamanca, ¡claro!— puede haber Dios; ¡en el de Madrid, polvo!" Lo que no es justo. Porque también aquí.... Federico de Nietzche —otro poeta, y van cuatro— decía: "Sabemos que la ruina de una ilusión no da verdad alguna, sino sólo algo más de ignorancia, un ensanchamiento de nuestro "espacio vacío" ("leeren Raumes"), un acrecentamiento de nuestro "yermo" ("Oede"). ¡Espacio vacío! ¡Yermo! ¡Donde poder soñar! Pero también aquí, en las calles de Madrid, cabe soñar, sin temor de que le rompan a uno el sueño. Según la calle. También aquí se puede hallar campo urbano —¡campo!—, relicario de recuerdos de leyenda; también Madrid es lugar —¡lugar!—con viviendas—no sólo posadas— de vecindario parroquial. Sí, la leyenda pliega sus alas y se posa, como sobre su nido, a dormir soñando siglos divinos en el desnudo y ceñudo páramo castellano; pero también aquí. Los tranvías y los "autos" atiborran de circulación urbana a la calle Mayor, a la calle Ancha, a la Gran Vía, y en esa mayoría, en esa anchura y en ese grandor —que no grandeza— se hunde la leyenda secular, aunque surta la gacetilla cotidiana. Pero....

Hace ya cuarenta años que fuí a visitar a otro poeta, a Núñez de Arce, en su vivienda de la calle del Sacramento donde acaso escribió su "Miserere", pues desde allí cabía recibir, a través de las encinas velazqueñas del Pardo, y como por espiritual telefonía poética, los ecos del Panteón del Escorial, que ya otro poeta, Quintana, hubo cantado. No había yo vuelto por esa calle desde entonces, y aun antes apenas si la conocía. No está en el Madrid de mis correrías de estudiante morriñoso. Y he vuelto a esa calle llamado por otra morriña He vuelto en romería.

La Plaza Mayor, archivo de majeza, que me trae recuerdos de su hermana mayor, la de Salamanca, y allí el pedestal de aquella hermosa estatua ecuestre de Felipe III, a que derribó perturbada turba perturbadora, hecha de brutos inconoclastas, seminario de petroleros —semillero de incendiarios—. En recuerdo le llena a la plaza la ausencia de la estatua abolida. Luego la Torre de los Lujanes, prisión que fué de Francisco I de Francia; después, la recatada señorial Plaza del Cordón y por ella, a la calle del Sacramento, cruzada por la del Rollo —rollo: picota; ¡qué nombres sacramentados!—, y allí, en fila grave, moradas vivideras señoriales, hidalguescas, provincianas de Corte y Villa, con aire de gentileza de "Castiella la gentil" del viejo Cantar. Puertas de portaladas con dinteles, de roca castellana, adovelados. Y allí

se respira sosiego y se reposa el cielo luminoso de Madrid, con Dios y sin polvo. ¿Polvo? Sí; se posa polvo de luz celeste y se debe de oír mejor, sin estrépito de bocinas, la voz de la campana parroquial que toque a ánimas y a oración. Y si ya no es así, al menos, "soñemos, alma, soñemos...". Allí ha respirado más a sus anchas mi animo, y he sentido mayoría, anchura y grandeza ciudadanas soñando el pasado que es y no el que sólo fué. Y en la desembocadura de la del Sacramento, el monumento a las dos docenas de víctimas que sucumbieron en el atentado de regicidio del 31 de mayo de 1906, día de la boda agorera de la última pareja regia de España. Y luego, por el Pretil de los Consejos —¡qué otro nombre¡—, a la calle de Segovia, una encañada urbana, y sobre ella el viaducto, antaño suicidadero popular, que conduce a su aledaño, el Palacio de Oriente, también en cierto sentido, no literal, sino espiritual, suicidadero... dinástico. Lo que habrá escuchado en atento silencio esa calle del Sacramento, sin tranvías y casi sin "autos", esa fila de viviendas ciudadanas, recogido remanso de historia. ¿Del viejo Madrid? No, sino del Madrid intemporal, del Madrid —oso y madroño— que soñaba, vivía y revivía Don Benito, su evangelista. Por esa calle del Sacramento solía callejear Bringas, el del Palacio Real.

Si, sí, cabe callejear, discurrir por Madrid soñando a España; cabe ir soñando por calles enca-

chadas de este Madrid, senaras de España, sin temor a que le rompan a uno el sueño, que nos le escuda y ampara este cielo que laña la cuenca del Duero con la del Tajo, Castilla la Vieja y la Nueva. Respira la calle del Sacramento aire del Guadarrama. Pero...., ¡ojo!, porque hay que vivir despierto. Por si acaso.... A Dios rogando y con el mazo dando, no sea que se nos rompa la vela. Ese monumento de la desembocadura de la calle del Sacramento y aquel pedestal vacío de la Plaza Mayor nos amonestan a vivir despiertos. Que la barbarie que hoy se revuelve contra un símbolo, sea de carne o de bronce, mañana se revolverá contra el que le ha suplantado, y destruirá el símbolo, pero no lo simbolizado. A soñar, pues, lo que se queda; pero despiertos a lo que se pasa. Y a Dios rogando y con el mazo dando.

Por lo cual roguemos, de mazo levantado, a nuestro Dios histórico y religioso, no al metafísico y teológico, que los recuerdos de gloriosas esperanzas de nuestros antepasados nos crien esperanzas de gloriosos recuerdos que entregar a nuestros trasvenideros.

ERA el día de Pentecostés, de la Conmemoración de la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, que en este año ha coincidido, por providencial dispensación, con el de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, el 15 de mayo. San Isidro, Labrador de Madrid, cuando Madrid se labraba, cuando era tierra labrantía. Y como sigue siendo pueblo hoy por el pueblo es tierra y tierra de labranza.

Y ese día de Pentecostés y de San Isidro entróse uno —uno solo— en la calle de Toledo por la plaza Mayor. A la entrada y a la izquierda, en los soportales, este rótulo de una tiendecita de aquellas que soñó Galdós: "Fábrica de flores." ¿Sería un agüero? Más adelante se le acercó a uno una anciana preguntándole: "¿Es por aquí la catedral, señor?" ¡La catedral! Trasciende a provincia, a pueblo provinciano. Y pasan donairosas y alegres —no se sabe sin con alegría republicana, pero sí

popular— muchachitas en flor. El mocerío se enracima en los tranvías. Y uno —uno y solo— se siente preocupado entre oleadas de pueblo. Son los que fueron hace un siglo, hace siglos, son los que serán dentro de un siglo, dentro de siglos. Están sobre los regímenes y por debajo de ellos, en sus copas y en sus raíces. Y se siente uno pasar. Y ¡ay si pudiese guardar para siempre —¡para siempre!—este momento—¡coger el instante!— y hacerlo sempiterno! Y siente la enorme y trágica melancolía de esta vocación de cronista —de temporalista— de la eternidad cotidiana. El temporal pasa. Y al querer así acuñar en estampa esta sensación ¿no pierde uno su goce puro?

Salió uno a la calle de la Cava Baja. O mejor, entróse en ella, pues que salir es entrar. Posada del Dragón, Posada del León de Oro, Posada San Isidro, Flor de la Mancha.... Posadas, no hoteles. El pueblo allí se posa. Hotel, hostal, aunque propiamente hospedería, nos sabe a algo como hospital; es para enfermos de urbanidad, no de civilidad. Y por allí calle de Latoneros, y de Tintoreros, de gremios populares; nada de figurones o fantasmones, héroes o no. Una muchachita, en una portalada, le decía a otro: "... en mi pueblo...". Y al oírselo husmeaba uno tierra de labranza, heno mojado de rocío. Y luego, la Cruz de Puerta Cerrada que abre sus anchos y blancos brazos de piedra; una cruz pura, sola, sin Cristo. ¡Líbrenos

Dios de bárbaros, sin tierra ni pueblo, a quienes se les ocurra derribarla!

La calle de la Cava de San Miguel, casas con recalzo en escarpe y grandes ventanas enrejadas, como en Cuenca. Y la plaza de San Miguel, con tristes acacias encallejonadas, algunas con florecicas blancas esmirriadas. ¿De fábrica? Y allí al lado, junto a un mercado de abastos, un "cine". Las alegres mocitas callejeras no son estrellas de "cine", sino estrellitas de calle, y como si chinarrillos, dulce y suavemente refulgentes, de Camino de Santiago. Y en la plazuela de Santiago. Y en la plazuela de Santiago, allí cerca, entró uno en aquella iglesuela insignificante, sin más cuño ni carácter que el de no tenerlo, y es bastante. Estaría desierta a no ser por un hombre de pueblo, todavía joven, que de rodillas sobre el asiento de paja de una silla reclinatorio, se enjugaba pudorosamente los ojos. Pintada en un pilar la roja cruz de Santiago, puñal ensangretado todo. Pero algo se preparaba, pues empezó un discreto trajín sacristanesco. Y al salir uno dió con un "auto" del que sacaban a un niño de días cuya cabecita desnuda derramaba, al sol de la tarde, serenidad por el recinto de la plazuela. Era que le llevaban a bautizarle al pie de la cruz roja de Santiago.

Salióse uno, y al doblar la iglesuela de la calle de Santa Clara, y en su otra esquina: "En esta casa vivió y murió Mariano José de Larra." Y el año,

hace cerca de un siglo. Y allí vive y muere; allí sigue viviendo su muerte trágica, su suicidio. Y uno soñaba religiosamente: ¿No siente? ¿Le siente a uno Larra? ¿Siente su tierra y su pueblo, su España? También él atesoró momentos huideros y los eternizó; eternizó la momentaneidad momentaneizando la eternidad. También él se bañó en oleadas del "hombre tierra" —que así, con estas mismas palabras, le llamó; también él, que era uno—otro—, se sintió solo en la común soledad española. Y el pueblo en torno de él se reía, jugaba, se holgaba, se regocijaba, se gozaba, aunque a las veces llorase y se desesperase; pasaba y se quedaba.

"¡Todo el año es Carnaval!", sentenció el suicida. Sí; pero todo el año es también Semana de Pasión, y es Pascua de Resurrección, y es Pascua de Pentecostés; todo el año es bajada del Espíritu Santo, del Consolador, para el que al espíritu se abre, para el que se abre al pueblo y a la tierra labrantía. Y todo el año es Navidad; en todo él nacen almas puras en cuyas frentes se alumbran los ocasos. Y uno se fué llevando en la hondura del alma la visión de la cabecita luminosa del nene a quien se le llevaba a cristianar al pie de la cruz roja de Santiago, del puñal ensangrentado todo, y la efigie del que en la otra esquina se quitó, hace cerca de un siglo, la vida solitaria. Y una grande, una enorme, una muy honda tristeza se le fundió, se le con-

fundió a uno con una grande, una enorme, una muy alta alegría y se le llenó de serenidad el espíritu de pueblo y de tierra. Y es que al enchufarse y concadenarse una en otras las dos simas, la de dentro y la de fuera, se engendra el orden y el caudal de corriente pura, limpia y clara, se cuela entre zaborra y espumarajos y revoltijo de éstos y aquéllas. Que un bebedizo de sosiego no obra sino filtrado. Y hay que entregarse.

Fué el día de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y el mismo día en que se conmemoraba la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

ORILLAS DEL MANZANARES

CRUZANDO los barrios bajos y pasando el barroco puente de Toledo, desde sobre cuyos pretiles San Isidro y Santa María de la Cabeza, su mujer, contemplan el Manzanares, bajóse uno, pian pianito, a pie, solo y escotero —era domingo— a ese "arroyo aprendiz de río", que le dijo Quevedo. ¡Aprendiz siempre mozo! ¡Y cómo retozó en las praderas! ¡Pradera de San Isidro! Hace ya más de cincuenta años que uno, mozo también y aprendiz —como todavía—, se hizo retratar allí, al aire libre, junto a una barraca. Y ahora todavía tiovivos, columpios, gramófonos y olor a fritanga de churros para re-creación de ese buen pueblo bajo, eterno aprendiz. Allí al lado, el arroyo de Corte baja de la sierra por su vaguada tarareando, en una represa, la vieja serranilla, siempre joven, de su infancia. Y de la de Madrid.

Era el tránsito del siglo XVI al XVII, reinando Felipe III, cuando Lope de Vega cantó al Manzanares. En su comedia "Santiago el Verde", "estación que hace Madrid a un soto", el del Manzanares, "¿Pues no te deleita el ver —tantos coches tan bizarros—, —tantos entoldados carros—, —tanta gallarda mujer—y más locas las riberas—del humilde Manzanares—que están los soberbios mares—con sus naves y galeras?—¿No ves entre estos espinos—, —cubiertos de blancas flores—, —tanta alfombra de colores—vistiendo rudos pollinos—que ayer con las aguaderas—traían agua y hoy pasan—ninfas de Madrid que abrasan— las aguas de sus riberas?" ¿Ninfas? Y hasta "las fregonas de Madrid—, con sus rostros sin afeites". Y luego esta perla: "Manzanares claro —río pequeño—, —por faltarle el agua—, corre con fuego." Fuego de amoroso holgorio popular que enciende al soto.

Pasan dos siglos; es el tránsito del XVIII al XIX, reinando Carlos IV. El poeta —del pincel— es Goya. Por los campos de sus lienzos, frescura de praderas del Manzanares. En los de Velázquez, aposentador regio, palaciego de los Austrias, fondos de encinares de El Pardo abrillantados con luz de secano; en los de Goya, chispero borbónico, luz de regadío, de tapiz de pradera de San Antonio de la Florida. Diríase que había bañado en el desnudo Manzanares la majeza de su desnudez la du-

quesa Cayetana, la maja desnuda, dechado de la nobleza popular de aquel Madrid aristodemocrático de fines del XVIII. Por el puente del Rey, camino de la Casa de Campo, pasarían sobre el Manzanares, aprendiz de río, María Luisa con Godoy, y aparte, Carlos IV, de caza. Aprendices de destronados.

Pasa medio siglo. A mediados del XIX. Antonio de Trueba, mi paisano —¡que parece estarle viendo y oyendo!—, publica en 1852 su "Libro de los cantares". Y canta: "Vosotros los que bajáis —el domingo por la tarde—a bailar en las alegres—praderas del Manzanares—, —¿no habéis visto en la Florida—, —medio oculta entre el ramaje—, —la pobre casita blanca—de Antón el de los Cantares? —Sobre su puerta, una parra—sus hojas pomposa esparce—, —ora brindándome sombra—, —ora racimos brindándome—, —y a mi ventana se inclinan—los guindos y los perales—para que su dulce fruta—desde la ventana alcance—. —En torno de mi casita—exhalan su olor fragante—siemprevivas y claveles—, —azucenas y rosales—, —y cuando el alba despunta—, —música vienen a darme—, —entre la verde enramada—, de mi ventana las aves...." Trueba llegó a Madrid a servir en una quincallería a sus quince años—uno llegó a estudiar carrera a sus dieciséis—, y quince después cantaba: "Quince años ha que discurro—por sus plazas y sus calles—, —como mis padres honrado

—y pobre como mis padres—; —pero el amor de mi alma—tu noble villa comparte—con el valle solitario— donde me parió mi madre." He aquí un modelo de la que Menéndez y Pelayo llamó, no sin dejo de ironía, "la honrada poesía vascongada", tan honrada como el alma, la madre que la parió. Luego se fué Antón el de los Cantares, el aldeanito de Montellano; se fué de la villa de Madrid, villa aprendiza de Corte, donde se hizo hombre y poeta, a la villa de Bilbao, en donde uno, después de haber pasado como aprendiz por la villa aprendiza de Corte, le conoció y trató a él, a quien debió sus primeras lágrimas de poesía.

Hoy, en las orillas del Manzanares, ni espinos cubiertos de blancas flores, ni praderas goyescas, ni guindos, ni perales, ni apenas verdes enaramadas. Corre el pobre arroyo aprendiz de río abrazando a algunos pequeños alfaques, reliquias de su libertad infantil, ceñida su vaguada por malecones y cinchado su lecho por taludes de cemento, pobre arteria esclerótica de riachuelo enfermo de decrepitud. Algunas ropas blancas a secar en las riberas urbanizadas, por donde de vez en cuando transcurren rebaños de ovejas, por la cañada de la Mesta, recuerdo de edad pastoril e idílica. Unos chicuelos, desnudos del todo, se bañan al sol regocijadamente, en el piélago de una hidroeléctrica —¡al agua gallipatos!—, y luego se irán a jugar a "¡manos arriba!", con pistolillas de juguete y de

fulminantes. Los "autos" no bajan a donde bajaban los "coches tan bizarros" y los "entoldados carros" de tiempo de Lope de Vega, ni el "río pequeño" corre ya con fuego. Ni mira ya al Alcázar —Madrid, castillo famoso—, ni al adarve de la Virgen de la Almudena. ¡Pobre arroyo que antes de haber aprendido a ser río cortesano, metropolitano, lo han canalizado! Ahora, el canalillo esclerótico, encintado en cemento, mira melancólico al rascacielos de la Telefónica. Y corre humilde bajo los ojos de los puentes del Rey, de Segovia y de Toledo, añorando la sierra, su nacimiento, y añorando la mar, su muerte. Que es una misma añoranza.

Baja de la sierra del Guadarrama, de las Pedrizas, donde "el duro invierno encanece —la sien greñuda a los montes"—decía en la misma comedia Lope de Vega—, y baja al llano propiamente manchego, pasando por la Villa aprendiza de Corte, entre serrana y llanera. Baja gimoteando suavemente a recordarle a Madrid su infancia popular. Baja y se arroja al Jarama, el de los "toros feroces", y el Jarama lo lleva en sus brazos al Tajo. Y en brazos estremecidos del Tajo va a pasar este arroyo de Goya por la hoz del río de la imperial Toledo, la del Greco, del río que sacaba fuera el pecho en tiempos de D. Rodrigo. Y se enlazan dos tragedias, pues también el Manzanares, el que oyó los fusilamientos del 2 de mayo de 1808, el que vió

brotar en sus orillas los trágicos caprichos goyescos cuando corría con fuego, sintió la tragedia de la vida. Y el Tajo lo lleva en sus brazos estremecidos a dejarlo, al pie de Lisboa, en la mar de los conquistadores de Indias. "Nuestras vidas son los ríos...". O aprendices de ríos. Las vidas de los hombres y las vidas de los pueblos. Que hasta cuando éstos parecen llegar a vejez —un pueblo no tiene edad— llevan el alma toda de su niñez. Aun entre cincho esclerótico de cemento corre sangre moceril, de fuego. O mejor, infantil y popular, que es lo mismo.

Soñando historia a orillas del Manzanares se siente la llaneza de llanura alta, de meseta, del Madrid llanero, manchego, popular, y se siente su alteza de altura serrana y la cortesía de pueblo bajo que aprende siempre, y la frescura y la claridad de sus praderías espirituales. ¡Y qué símbolo el del madroño —sin oso—, que hasta embriaga! ¡Llaneza, alteza, cortesía, frescura, claridad! ¡Y fuego! Y recuerdos de mocedad de aprendiz de hombre en Corte.

MANZANARES ARRIBA, O LAS DOS BARAJAS DE DIOS

CON la visión todavía del Manzanares metropolitano y arteriosclerótico fuése uno a buscar la mocedad del río pequeño y con ella la de Castilla la Nueva, Manzanares arriba hasta dar vista y pecho a la Pedriza, en la Sierra del Guadarrama. La Pedriza, esto es: pedregal, escombrera de castillos de mano de Dios, naturales. Contemplando algo así, las peñas de Neila, en el alto Tormes, en Becedas, debió de soñar Teresa de Jesús, moza, su soledad con Dios antes de soñarla ante torreones de manos de hombres, en Avila, su castillo interior. Aquellas piedras de la Pedriza le recordaron a uno el nombre que en las hoces del Nansa —las "peñas arriba" de Pereda— les dan a los conglomerados pedregosos que asoman entre las capas térreas de los arribes, y es el de *ciliebros*, o sea: cerebros, seseras. Y seseras o requesones pedernosos —hay los requesones de Miraflores de la Sierra— aparentan

a las veces. Y de ellos baja, suero de vida, el agua viva del río Manzanares, por un campo escueto y sereno, aromoso a jara, tomillo y cantueso. El río naciente —y renaciente— que se remansa luego en el pantano de Santillana para ofrecer espejo al cielo, y, de soslayo, a la Pedriza, su madre. Y en ese río pescaban bogas y barbos y samarugos y otros pescados con mandil, *asedega* y manga, o haciendo tajadas y *boclares* —azudes o presas—, los pescadores del siglo XII; el del balbuciente Fuero de Madrid.

¿Piensan esas pedrizas, esos *ciliebros* o seseras? ¿Es el curso del río su pensamiento? ¡Lo de ver quebrarse el agua entre peñascos rodados! Es como contemplár la rompiente del oleaje marino en una costa, o las llamaradas del fuego del hogar o los giros del humo. Juego de solitarios de la baraja de Dios. O de la Naturaleza. Y así va y viene todo —y queda y pasa—en barajuste—baraja-ajuste— y desbarajuste alternados.

Pero el Señor juega con dos barajas: la de la Naturaleza y la de la Historia. O la de la historia natural y la de la historia nacional o humana. ¿Cuál más divina? Y allí, a orillas del Manzanares naciente —y renaciente—, junto al Real de Manzanares, poblado humano, los raigones del castillo de Abderramán, que hizo arrasar Alfonso VI. Nos habla de muzárabes y moriscos, los de Magerit, que con los latinos formaron el Consejo de Madrid,

donde ricos y pobres vivieran en paz y en salud, como en su latín bárbaro reza la entrada del Fuero: *unde dives et pauperes vivant in pace et in salute.* Fuero casi bilingüe y en que abundan voces moriscas de aquella tierra de los *guad (wad)* —tal Guadarrama—, o ríos serranos. Y un acento líquido en todo ello.

Y en seguida se yergue, junto al mismo Real de Manzanares, el castillo de Santillana, agobiado de recuerdos seculares. Castillo de mano de hombres, de la otra baraja del Señor. En su mantel de piedra, sacada de la Pedriza, prenden unas esmirriadas higueras que estrujan jugo dulce de la roca tallada. Dentro del castillo, en su recinto, languidecen ortigas, saúcos, mustias amapolas, pobres matas de varias clases. Las ruinas del castillo contemplan otras ruinas. Barájanse las dos barajas. El castillo, gótico, castillo de Castilla, caballeresco, rima con la malencónica serenidad del campo. Y nos habla de aquel señor y conde del Real de Manzanares, D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, el de D. Alvaro de Luna, cuando agonizaba la caballería. Ese castillo, con otros de su laya, dieron cuño caballeresco y castellano, entre gótico y morisco, a la Sierra antes que El Escorial, después de San Quintín, vencida y la caballería castellana, le diese sello imperial, español, herreriano, rígido, majestuoso y monástico. Después de San Quintín, Lepanto, donde se engendró

el *Quijote*. Y cuando Don Quijote se caló, al ir a acometer al león, el yelmo de Mambrino en que Sancho había puesto los requesones que compró a unos pastores, creyó que se le ablandaban los cascos o se le derretían los sesos. Se le ablandaron los cascos, se le derritieron los sesos —los *ciliebros*— a la caballería andante castellana ante el león —más bien águila— imperial. Otro solitario del barajuste nacional.

Aquel marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares, se puso a toque con el pueblo y compuso serranillas. De letrado culto. No le tratarían como al pobre junglar, al *cedrero* —tañedor de *cedra* o cítara— que al llegar, caballero —a caballo— a Madrid a cantar en el Concejo—"cavalero, et in conzelo cantare"—, no podían, según el Fuero, darle más de tres "morabetinos" y medio, bajo pena de multa. ¡Pero el marqués!... "Por todos estos pinares —nin en Navalagamella—non ví serrana más bella— que Menga de Mançanares...". Y entra con ella a brazo partido, a luchar en una espesura a dos pares, y... "con muy grand malenconía—arméla tal guadamaña—que cayó con su porfía— cerca de unos tomellares". ¡Zancadilla fué! Marqués y serrana se revuelcan, a brazo partido, en tomellares. Y en la lengua revuélcanse juntas voces de letrados y voces de pueblo, de paisanos. Y nace la nación.

Paisano es el del país, el del pago, el hombre natural, de Dios, que se hace luego nacional, histórico, más humano y más de Dios. El país y la lengua también se revuelcan sobre la tierra de tomillos y jaras y espliegos y cantuesos y gamonas..., y hacen el paisaje y el lenguaje. El paisaje es un lenguaje, y el lenguaje es un paisaje. Y en éste el agua es el acento musical. Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el del Fuero de Madrid. Canta en ese paisaje castellano el agua que, entre sobrios y escuetos arbolillos, baja de los cascos de la Sierra de Guadarrama, de la Pedriza. Y al oírle cantar se le suben a uno de las entrañas de la tierra madre de España ocho siglos que le remozan a quien les oye con el corazón. ¡Y qué cosas balbuce el Fuero en su lenguaje paisano! El prado de Toía... "sedeat defesado desde la fonte del mazano quomodo se adjunctan los arroyos de los valles inde ad iuso usque al fondon de los ortos quod esterminaron los sabidores del conzeio et sedeat semper per foro per a la obra del adarve". Y sueña uno en la dehesa de la villa, el prado acotado, de la fuente del manzano, junto al Manzanares, donde se juntan los arroyos de los valles hacia abajo, hasta el hondón de los huertos que determinaron los sabedores del concejo de Madrid para ayudar, por fuero, a la obra del adarve de la Almudena.

Así nos hablan la Pedriza de Guadarrama, los pedregales de la Sierra castellana, los castillos caballerescos, las serranillas del Manzanares, los balbuceos del Fuero del concejo de Madrid; así nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales. Después se oye la voz de Iñigo de Loyola, la de Don Quijote y el rasgueo de la pluma de águila enjaulada de Felipe II. Lo que nos enseña, re-creándonos —y nos re-crea enseñándonos a ser hombres— el contemplar la naturaleza como historia y la historia como naturaleza, el paisaje como lenguaje y el lenguaje como paisaje, las pedrizas como castillos y los castillos como pedrizas, y sentir cómo Dios, el Supremo Solitario y Hacedor, juega a sus solitarios con las dos barajas, la natural y la racional, barajustándolas y desbarajustándolas arreo.

EN el Canto del Pico, en Torrelodones, en la morada del conde de las Almenas, entre Madrid y las serranías castellanas. A lo lejos, tendida, la villa que ha sido corte. Y desde allí, contemplándola fundirse en el campo, se cobra sentido de que Madrid, que está a 600 metros sobre el nivel del Mediterráneo, es también cima; que toda Castilla es cumbre, y algunas de sus ciudades, tal Avila, dechado del castillo interior de Santa Teresa de Jesús, bien encumbradas; que Castilla, y con ella Madrid, pujan al cielo. Que de noche baja a acostarse en ella. Cuando, ya anochecido, volvíamos acá, sobre los reverberos madrileños brillaban las constelaciones, el Carro, la Bocina, la Silla de la Reina, el Carro Triunfante —o sea Orión—, llevando a las Tres Marías, y a ras de tierra, junto al farol de un "auto" lejano, Sirio silencioso y como si eterno.

Allí, en el Canto del Pico, las encinas casadas a los berruecos, tan de las entrañas rocosas de la tierra las unas como los otros, y envueltos en la misma luz que reviste a los follajes y a los peñascos. Y paisaje, celaje y paisanaje, todo en uno, castellanos. Que allí se remansa y se eterniza la Historia, no la que pasa, sino la que se queda y enraíza en peña humana.

Y en torno, ciñendo al campo roquero, las sierras. Gredos; allende, Castilla la Vieja, leonesa, la del Duero y el Cid, y aquende, la Nueva, manchega, la del Tajo y Don Quijote. Y Guadarrama y la sombra del marqués de Santillana. Levántanse las sierras como bastiones contra el cielo. ¿Contra? Sí, contra, porque el cielo —así lo dice la Sagrada Escritura— padece fuerza, y la fuerza se entra en él por la poterna de la fe reconquistadora. Creeríase que detrás de aquellos bastiones turquinos no hay nada más, ya puesto el sol, que el velo dorado del infinito antes de que empiecen a nacer las estrellas.

A lo lejos, Madrid.... "Madrid, castillo famoso —que al rey moro alivia el miedo..."—. Al rey moro puede ser; pero ¿a los reyes que, acabada la reconquista contra la morisma, empiezan la Contra-Reforma? Madrid dejó de ser castillo, y talado el madroño en que se apoyaba el oso —¿el de D. Favila?—, se hizo palacio. Castilla fué la de los castillos, la de los castillos roqueros hechos con

las entrañas de ella; Castilla castellana, de castillos y no de palacios, no palaciega ni palaciana. El Palacio Real, borbónico ya, no es un castillo; castillos eran los de D. Alvaro de Luna; castillo era el de la Mota, de Medina la del Campo. Castillo es —hasta etimológicamente— un pequeño castro, un campamento chico. No le cabe a uno figurarse al pie de un castillo al conde-duque de Olivares, y si Velázquez le pintó sobre el fondo de campo castellano, madrileño, esto no es más que decoración —espléndida decoración velazqueña—, como no eran más que decorativas las cruces pegadizas y quitadizas que brillaban sobre las pecheras de palaciegos y cortesanos. Y el Palacio Real de Madrid, ¿alivió el miedo a los Borbones palaciegos? ¿Poner puertas al campo? Sí, como la monumental Puerta de Alcalá, la de Carlos III, escénica y académicamente decorativa —tal un fondo de Velázquez, el aposentador regio—, pero que no ha cerrado nada.

Con Carlos V se acaban los reyes castellanos, que ni aun él, debelador de los comuneros de Castilla, lo fué en rigor. Su hijo, covachuelista, se encierra a morir en el Escorial, que no es ni castillo ya ni todavía palacio, sino monasterio; no torre de templarios belicosos, sino convento de Comunidad de jerónimos pacíficos para el esplendor del culto litúrgico. Siguen los reyes sedentarios, Austrias y Borbones, más cortesanos que sus cortesanos mis-

mos, más palaciegos que sus propios palaciegos. Su único roce y toque con el campo, la caza, de costumbre, pero caza cortesana, de etiqueta y casi de liturgia. Y así llegó a agonizar la realeza, ya no castellana, aunque acaso chulesca, entre las encinas del Pardo. Entre esas encinas graves del Pardo rindió su alma Alfonso XII, gimiendo: "¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!" De escolta de su última agonía, Cánovas del Castillo y Mateo Sagasta.

Desde el Canto del Pico se columbran ruinas de algún castillo, y se puede soñar a ojos abiertos y bajo el cielo la ruina de la Castilla castellana, la de los castillos medievales. Pero quedan los berruecos, quedan las encinas, como con raíces jugosas aquéllos, berroqueñas ellas. Y quedan las sierras, tronos y altares; tronos y altares de un pueblo que siempre, a sabiendas o no, puja al cielo. Que si apoyándose en un credo religioso, cuajado y remachado ya, se puede tratar de domeñar a un pueblo necropolíticamente, cabe con una biopolítica —que es cosmopolítica— esforzarse en dar vida a un credo religioso nacional que haga que el consuelo de haber nacido sea para los españoles haber nacido en España, de España y para España y su Dios. Las encinas, al pie de los berruecos, cantera antaño para sillares de castillos, me parecían cruces, cruces de leño arraigado en roca, cruces vivas y hojosas de un cristianismo ibérico y aboriginal. Y volví a soñar en seguir soñando una

España eterna e infinita, y en fuerza de soñarla hacerla, que es milagro de fe.

Y allí, en la morada del Canto del Pico, de Torrelodones, sin agonía, en tránsito indoloroso y raudo, al pie de una escalera de sillares, al ir a pasar de la casa al campo abierto y peñascoso, del recinto hogareño al aire suelto, salió de esta vida a la de siempre D. Antonio Maura. Cerca de siete años después, el último Borbón, tirador de pichones, cortesano y palaciego, chulo, mas no castellano, tenía que dejar, a regañadientes, su Palacio Real y salirse de nuestra Castilla española, de nuestra España de nuevo reconquistada.

No, no cabe mantenerse en una tal tesón seguida y por tesonero que se sea, pues también la yunta de bueyes se gasta más tesando que no tirando del carro. Pero ¿dónde ampararse a derretirse en el ámbito de Madrid veraniego? El Retiro, la Moncloa, la Casa de Campo, la Sierra...; pero, ¿y el páramo?, ¿el descampado campo manchego, quijotesco? De aquel Don Quijote a quien le tiró su estrella, su sino, desde la cuenca del Guadiana a la del Ebro, a Levante, como al Cid, su hermano mayor, de la del Duero a la del Jalón, a Levante también, a la cuna del sol ibérico.

Heme ido, pues, no a soñar, sino a leer sueños, al aire libre, en el cielo espacioso de la puesta del sol, desde las alturas de encima del Hipódromo. De un lado, Madrid urbano tendido bajo ese cielo espacioso, al pie del Guadarrama, y de otro, campos, no ya desnudos, sino desollados. Chamartín

adelante. Campos terreños. (Aunque a este adjetivo le confine la Academia en dialectismo riojano.) Campos terreños de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros más que de pan llevar, de tierra con maleza rala y escueta donde se arrastra el simbólico cardo borriquero. Campos terreños, sin verdura, que se encaran con el cielo desnudo, campos sedientos que se abren en socavones y cárcavas. Tierras de destierro, descampados para campamento de gitanos y buhoneros y vagabundos, picarescas escurriduras de la civilidad al margen de la urbe ensanchada.

Del barro de esa tierra —del que se hizo a Adán— se hicieron adobes y ladrillos. De ladrillo las propias construcciones, a modo mudejar, de los indígenas albañiles madrileños. Albañiles y no canteros. De cantería Santiago de Compostela y Avila y Salamanca y otras ciudades así. El Madrid castizo y propio de tierra cocida. Así se hizo también la Torre de Babel. Las ciudades y villas de roca, berroqueñas, de berrueco o barrueco, resultaron barrocas. Pero mirando al Madrid ensanchado desde estas alturas de sobre el Hipódromo las cúpulas, pingorotas y cimborrios barrocos se pierden ya en un dédalo de terrazas y terrados rectilíneos de corte cubista. No ya arabescos, sino grecas; no ya virutas, sino escuadras. Pero cerrando el escenario la Sierra barroca, rocosa, aserrando la bóveda celeste.

Se ha puesto ya el sol bajo el cielo espacioso que se ha espaciado más al ponerse aquél, sin duda para abrir más campo a las estrellas. Y todo el escenario se ha hecho más teatral. La Sierra y la serie de bastidores del nuevo caserío de este Madrid moderno parecen bambalinas. Creeríase que detrás de ellas no hay sino el vacío insondable. Y es un espectáculo, a la vez que teatral, dramático. Dramático por lo que sugiere y sugestiona. Le realza la iluminación fantástica de una gran urbe. Fantástica y eléctrica. Y suelta y resuelta la fantasía, sin hilo, empieza a resoñar las bambalinas que se han derrumbado en este escenario; las de la Corte, las del Ejército, las de la Iglesia.... ¿Qué queda en pie sobre el tablado? En estas mismas alturas, desde el Instituto Nacional de Física y Química —fundación de Rockefeller—, templo de la ciencia, de encendida encarnación, a escuadra también, de ladrillo, vió un día Don Gregorio del Amo, generoso donante de otra fundación cultural, vió, transido de congoja, alzarse al cielo la humareda de las hogueras de la quema de conventos de Madrid. ¿Qué pensaría? Ardían unas decoraciones. ¿Y las otras, las nuevas, las últimas?

¿Qué irá a salir de esta pequeña Babel manchega? Vuélvese uno de espaldas a la puesta del sol y se queda mirando hacia levante, los campos terreños, quijotescos, las tierras resecas y desolla-

das. Y acuérdase de aquel cuarteto burilado en el inmortal soneto de García Tassara: "campos desnudos, como el alma mía —que ni la flor ni el árbol engalana—, —ceñudos al nacer de la mañana—, —ceñudos al morir del breve día..."—. Mas al recordar lo de "que ni la flor", baja uno la vista a que tropiece con la humilde flor del cardo. ¿Qué agua le riega? Pues hasta para dar espinas y abrojos hace falta riego. ¿Qué aguas profundas, soterrañas, sostienen esta rala y escueta maleza? ¿Y de dónde en secano saca su fresco jugo la sandía?

Cayeron unas bambalinas y se levantan otras; empiezan a vaciarse unos templos y a llenarse otros. Y todo ello, más que sobre campo de naturaleza, sobre tablado de arte. Tablado..., tablado.... En seis tablas de arte, de leño de árbol muerto, se le entierra a uno en tierra de naturaleza. Los hombres de las ciudades calzaron a éstas de losas por ni pisar yerba, decía Obermann. ¡Esas aceras que van a los arroyos muertos de las calles urbanas y esos ribazos floridos que van a los arroyos vivos de los campos campesinos! ¡El agua que canta y cabrillea a la luz, y no el agua, casi mecánica, que va por tuberías, contadores, canalillos y sumideros! Aquí, en esta altura, pasa un canalillo y en sus bordes unos chopos apenas si se estremecen, pues el aire de bochorno pesa inmovilizando la escena. La película se ha parado y es una instantánea que se queda. Como sonoridad, el

cuchicheo de los gorriones que se refugian en una enredadera de yedra contra el ladrillo. Y uno vuelve a mirar el vasto escenario y a pensar que en el teatro no caben niños, pues ¿quién les amaestra a llenar un papel prescrito?, aunque sí mozalbetes. Y la falta de niños es la mayor falla del teatro. La falta de niños es falta de eternidad.

El último gran bastidor de fondo, el contrafuerte de la Sierra empezaba a nimbarse de estrellas, que, descorrido ya el telón de engañoso cielo azul, de que sólo quedaba, pálida reliquia del día, una hoz lunar, derramaban su entrañada luz propia. En el firmamento sin fondo —el empireo de los antiguos— las constelaciones de siempre, y perdida entre ellas nuestra estrellita polar, la boquilla de la Bocina estelar y silenciosa. Y al recuerdo de aquellos dos versos del poeta mejicano Díaz Mirón: "Y era como el silencio de una estrella por encima del ruido de una ola", retiróse uno a su celda —célula— a resoñar en las pintadas bambalinas de nuestra historia terrenal y en sus quemas y en sus derrumbes. Y en el destierro final de uno que será su entierro.

DOS MERCADOS

SACANDOLE de ese mercado y trocadero de opiniones —que no de ideas— llévale a uno otro menester público a por donde transitaba, estudiante, hace medio siglo, en rolde a la Universidad llamada Central. A respirar frescor de recuerdos. No había uno entrado, antes de como diputado, más que dos veces en el Congreso de ellos, y ninguna siendo estudiante, en la era de Cánovas y de Sagasta. Ni siquiera leía entonces en los diarios las sesiones de Cortes. Y ahora, al recorrer aquellos barrios, ¡qué de emociones! Esa calle del Pez, zigzagueante como nuestro pensamiento de los diez y ocho años, cerrando en redondo el horizonte, sin huídas de vista a campo o plaza. ¿Se encontrará uno allí la sombra del que fué o su ensueño? Y al final de la calle, en un recodo de su desembocadura, aquella misma casita baja, de un solo piso, y la librería de viejo o de ocasión. Aquellas libre-

rías oliendo a polilla, en que comprábamos tomitos de la Biblioteca Universal. Y en la calle, caleidoscopio de transeúntes, y al pasar, cachos de conversación, frases sueltas, un: "¡hombre, no!", o bien: "¡no, mujer!". Con esos pedazos se le hace a uno un poema. ¡Y qué nombres de calles! Jesús del Valle, la Cruz Verde, Andrés Borrego.... ¿Quién sería este señor que se ha quedado en la calle? Y después de haber echado de ella a los Panaderos que en mis mocedades le daban nombre. ¿Convendría, como propuso Trueba y en parte lo cumplió, al hacerse el Ensanche de Bilbao, poner en el rótulo de cada calle, bajo su nombre, un dístico explicativo del personaje epónimo? O siquiera, como hemos visto en Portugal, su profesión: literato, poeta, pintor, músico, general, ministro, concejal, héroe, millonario..., etc., etc.

Una mañana por la Corredera Alta de San Pablo de que parte la calle del Espíritu Santo. ¡San Pablo y el Espíritu Santo en la calle! Y allí otro mercado —no aquél—; pero al aire y a la luz libres y sin taquígrafos. Un mercado de verdura, hortaliza, fruta y víveres modestos. Patatas, cebollas, tomates, cerezas, pepinos, peras, melocotones, abrideros, ciruelas, coles, repollos, higos, zanahorias, huevos, pollos pelados.... Recreo de colores vivos para los ojos. Alegre verde de fréjoles y rojo amarillo, y también el morado de la berenjena y de la lombarda. ¡Qué de colores y qué de matices! Y uno

no puede menos que sonreírse al pensar las veces que en el otro mercado oye mentar matices. Y que cuando dicen matizar parecen querer decir, por metátesis, tamizar. ¡Matices y fórmulas! O formillas. A las que otros llaman pasteles cuando son más bien encurtidos. Pues muchas de esas enmiendas de fórmulas son como guindas en aguardiente o aceitunas aliñadas. O algo peor, fruta en conserva. O, si se quiere, en lata. Fruta muerta.

¿Por qué los pintores franceses —se va uno pensando— llamarían "nature morte", que hemos traducido por "naturaleza muerta", a lo que aquí se le llamaba bodegón? ¡Naturaleza muerta! Pero la naturaleza muerta del mercado callejero y popular de la Corredera Alta de San Pablo es una naturaleza tan viva como el pueblo que la trafica y cuida. En cambio, en el otro mercado el espíritu muerto no está muy vivo, aunque se agite. Los verdaderos políticos cultivan sus hortalizas ideales, las abonan, las escardan, las seleccionan. Son los partidarios —que no políticos— los que las encurten o las conservan en latas o en frascos. ¡Y cuando se meten en un berenjenal! Como ese del Estatuto.

También esta palabra de moda: "Estatuto", atrapé al pasar, de boca de uno de los vendedores de fruta. La había leído acaso en un periódico atrasado de aquellos que tienen allí, en su tenderete, en un cesto, para envolver su mercancía. Periódi-

cos en que suele venir envuelta la otra mercancía, la de la frutería parlamentaria. Pero, para el buen frutero de la calle, para los demás de la corredera, ¿qué podrá querer decir "Estatuto"? Acaso como la Caraba o la Oca. Un término de "astracán". Y, sin embargo, hay por ahí, por esas calles, hombres y hasta mujeres de la calle que se encienden al hablar de eso que creíamos que nada le importaría al pueblo. Los listos, los avisados, creían que al buen pueblo bajo de la capital le interesaría más lo de la reforma agraria, por si ello hacía subir o bajar las "subsistencias" —otra palabrita que se puso de moda no hace mucho—. Pero, ¡quiá!, el Estatuto le cosquillea más que la Reforma. Acaso porque siente oscuramente que de poco sirve reformar sin refundir. Y luego este pueblo de las correderas rechaza ciertos procedimientos. ¡Qué mal le conocen los que se burlan de la marcha de "Cádiz"! Esos que venden y compran huevos en la Corredera Alta de San Pablo sienten el fuero nacional. Y es grave error querer explicarse los movimientos —a las veces históricos— de esas muchedumbres por la concepción llamada materialista de la historia. Esta no explica así ni la escena épica del Parque de Monteleón ni las contiendas civiles y los motines y las revueltas de nuestro siglo diez y nueve. ¿Que no saben por qué se mueven? ¿Lo saben mejor acaso los otros, los que salieron de entre ellos, entresacados, para ir al mercado cubierto y cerrado

de las opiniones políticas? Y le llamamos mercado por aquello del comercio de las ideas, de su cambio, no por otra cosa. ¿Y qué es un pacto sino una transacción de cambio, con chalaneo y regateo?

Y de pronto le asaltó a uno —¿cómo?, ¿de dónde?, ¿por qué?— aquella terrible sentencia de Kierkegaard, de que la cristiandad está jugando al cristianismo. ¿Y no estará, dentro de ella, jugando nuestra nación al nacionalismo, jugando nuestra República al republicanismo? Y pues la vida es juego, juguemos a los conceptos. Que así se mantiene verdor y frescura de espíritu.

UN recuerdo le hizo a uno encaminar sus pasos —romero de la historia— al antiguo santuario de Nuestra Señora de Atocha, donde hace ya medio siglo visitó el sepulcro de Prim. En el lugar mismo en que cadáver reciente fué a verle el último día del año 1870, el rey D. Amadeo de Saboya, hijo del que coronó la unidad de Italia. La víspera había éste desembarcado en Cartagena y había sido asesinado el caudillo de la Revolución. ¿Por quién? En rigor, por el entonces embrionario cantonalismo que en Cartagena culminó luego.

Allá enderezó uno sus pasos, al Pacífico; ¡qué nombre! El monumento a Vara del Rey y los héroes del Caney —que no ha olvidado—, y en el pedestal, con letras rojas: "¡Viva Rusia!". Y luego la nueva basílica, que nos era desconocida. Por sugestión, sin duda, del nombre basílica, la han fabricado de un presunto, presumido y presuntuoso

estilo bizantino. ¡Bizantino y en un arrabal de Madrid! ¿Y el viejo santuario, el que buscábamos? Lo derribaron en 1901, y ya, ni ruinas. Era de Nuestra Señora de los Atochales o de Atocha, es decir, del Esparto, templo de dominicos, donde éstos dicen que se enterró a fray Bartolomé de las Casas, el apóstol de los indios occidentales. Y donde se guardaban las banderas de los ejércitos que lucharon contra el turco, o en América, o en Africa, o los de la Independencia.

Entramos en aquel panteón, que dicen ser nacional, de hombres ilustres. De caudillos, de políticos y de víctimas. Allí Palafox y Castaños, los de la Independencia; y Ríos Rosas, y el marqués del Duero, el de nuestra guerra civil; y con Prim, el de Africa y América, el que cayó a las puertas del Congreso, las otras tres víctimas: Cánovas, asesinado veintisiete años después en vísperas del ya mítico 98, y Canalejas, quince después, en 1912, y nueve más tarde Dato, en 1921. Y allí también Sagasta, que se murió en la cama, y eso habiendo estado, de joven, condenado a muerte. El guardián de ese panteón bizantino recita la retahila de cajón, sin que falte lo de que los ingleses darían no se sabe cuánto por aquel obrero que figura al pie de la estatua yacente de Sagasta. El sepulcro de Prim es el que es de iglesia española, el que recuerda los de nuestras catedrales.

Al salir del panteón para ir al santuario, columbramos a lo lejos, en la desnuda campiña, el Cerro de los Angeles, el que pretende ser el ombligo topográfico de España, donde se alza el monumento al Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús. El sol, un sol de justicia, le percudía. Y entramos al santuario queriendo recordar el que hace medio siglo habíamos visitado. Sólo queda la imagen de Nuestra Señora, la de Atocha, la del Espartal. Una imagen de Virgen española, castellana, morena, de color de tierra quemada. No sabemos que fuera nunca verdaderamente popular en Madrid, como lo es la Virgen de la Paloma, Virgen de verbena de barrio, de barrio de menestrales y artesanos. Virgen manola, madre del Manolo. La de Atocha, la del espartal, se hizo palaciana, como la de la Almudena, la de las praderas del Manzanares. Hoy la ciñe, no un barrio de menestrales, sino un arrabal de obreros, debido al ensanchamiento de la urbe metropolitana.

A este santuario solía ir la familia real los sábados, a rezar una salve, allá, adonde se reservaba último descanso a las víctimas de la lealtad monárquica. Allá se iba la familia real, bien escoltada a unir sus rezos a los que, en latín cantado, gemían y lloraban en este valle de lágrimas —*gementes et flentes in hac lacrimarum valle*—, y pedían a Nuestra Señora del Espartal que después de este destierro nos muestre a Jesús. ¿El del Cerro de los An-

geles o el otro? Después, esa visita de salve era al Buen Suceso. Buen Suceso dice otra cosa que Atocha, y el lugar no es tan netamente manchego, tan escuetamente terreño.

Y allí, en la basílica de la litúrgica salve cortesana, pasaron sobre uno las visiones de esa pesadilla de Dios, que es la historia de nuestro siglo XIX, desde la guerra de la Independencia, desde Fernando VII, que tiene en Atocha su recuerdo —Palafox, Castaños—, y luego la Revolución de septiembre —Prim—, y luego la primera carlistada, de que uno fué testigo —niño vió, subido sobre un banco, entrar en Bilbao, a levantar el sitio, al marqués del Duero, que poco después caía muerto en el campo de batalla—, y luego la Restauración —Cánovas y Sagasta—, y luego la Regencia, y después el reinado del último rey de España, con Canalejas y con Dato. En aquel panteón bizantino en que no hay restos de un artista, de un literato, de un hombre de ciencia, de un inventor, de un gran industrial; en aquel panteón de caudillos militares, y sobre todo de víctimas, nos llegaban los ecos de la salve. No del *Te Deum*, ni del *Dies irae*, los de la *Salve*, Salve a la Reina y Madre de Misericordia. ¿Cómo a esos que gritan, sin saber lo que gritan, "¡Viva Cristo Rey!", no se les ocurre gritar "¡Viva la Virgen Reina!"? Porque esto tendría muy otro sentido. Y muy otro sentimiento.

Nos volvimos al Madrid de la Virgen de la Paloma, de la paloma de paz, de la paloma inmaculada, sin mancha de sangre, pensando en los que esgrimen la cruz como martillo para machacar infieles; pensando en la vida, en la dulzura y en la esperanza; pensando en el culto que el pueblo, eterno niño, rinde a la Madre. Y ya abatido el día mirando a la estrellada de sobre la soledad del campo, se percata uno de que toda aquella pesadilla de Dios se fué en un: ¡Amén! Así pasa la pena del mundo. En un: ¡Así sea!

JUNTO AL ARROYO

SACUDIENDO la siesta de bochorno canicular y a falta de las antaño llamadas "imperiosas vacaciones del verano", vase uno a vacar y a vagar por el viejo Madrid provinciano y municipal en busca de recuerdos engendradores de esperanzas. Y a descubrirlo. Porque le fué un descubrimiento el de aquella Plaza, hoy del Marqués de Comillas, antes de la Paja, que se tiende detrás de la iglesia de San Andrés. No cree uno haberla antes visto nunca, pues ¿cómo? ¿sino, haberla olvidado? Y allí la Capilla del Obispo, en aquel palacio señorial, sereno, con su noble galería que atalaya la plaza que baja en vertiente a la calle de Segovia, cauce urbano afluyente al Manzanares, donde se tiende la puente segoviana. ¡Qué bien se llamó arroyos a los cauces de las calles populares! ¡Y la frescura de las voces del arroyo! En el fondo bajo de la Plaza

uno de esos huertos murados que ponen su verdor entre las piedras de las calzadas.

La plaza inspiraba sosiego. Sentados en unos bancos, fuera del bullicio de las vías por donde trajinan tranvías y "autos" —esos "autos" que suelen llevar a algunos que, atacados de topofobia, van huyendo de todas partes—, en aquellos bancos descansaban mortales que nada esperan, y alguno acaso cansado de tener que descansar. En uno de los bancos una madre joven, novicia en maternidad al parecer, recogía en su regazo a un niño que dormía, y la madre, inclinando la cabeza, dormía también. Eran dos sueños conjugados, y madre e hijo soñaban, de seguro, lo mismo: reposo. Y las bocas dormidas sonreían en sueños.

De la Plaza de la Paja entróse uno en la del Alamillo, más que plaza un callejón sin salida, enteramente lugareño. Unos arbolitos entecos. En medio de la plazuela cerrada jugaban a las cartas —una baraja mugrienta— dos lugareños. Y otros seguían, como mirones, el juego. Y ninguno de ellos pareció conocerle a uno, ¡gracias a Dios Padre! ¿Popularidad? Bah, lo apetecible es pueblería, no plebeyez. Poder mejerse a la muchedumbre, al pueblo, como uno de tantos, como un pueblero más, desconocido y sin nombre. Sin ese nombre que suele pesar tanto. Tanto como uno se pesa.

En aquella Plaza del Alamillo, sin más salida que la entrada, se le vino a uno a las mientes lo de: "en

un lugar de la Mancha...", y al hilo del ensueño lo que habría sido la infancia de Alonso Quijano el Bueno, esa infancia que es el misterio de la quijotería española. ¿No es Madrid un lugar? Se le siente cuando a la hora del alba se ve cruzar un rebaño de ovejas por ese cordel de la mesta que es el Paseo de la Castellana. Que todo eso no es la Puerta del Sol con su reló gubernativo —y gubernamental— que da las horas oficiales. En el callejón cerrado del Alamillo las horas no dan, sino que se deslizan. ¡Aquel reló de la torre de la iglesia de Urruña, en tierra vascofrancesa fronteriza, con su letrero de "Omnes feriunt, ultima necat"; ¡todas hieren, la última mata! Recuerdo que le llevó a uno a remembrar las tardes estivales del destierro de París, cuando se iba a cocer soledades en aquella placita de los Estados Unidos junto a la pensión de paso, o a estrujar dulzor de recuerdos lejanos —¡Plaza Mayor de Salamanca!— en aquella Plaza de los Vosgos, sin "autos" ni tranvías, para nietos y abuelos, donde murió el abuelo Víctor Hugo.

Se baja de la Plaza de la Paja, se cruza el arroyo —seco— callejero de Segovia, y al subir a la de la Cruz Verde, otro descubrimiento: aquella fuente mural y modestamente monumental rematada en los delfines, que escoltan a una matrona mítica cualquiera y con una lápida de que se han arrancado las letras que le hacían decir cualquier cosa, como si no bastase lo que el agua al correr, cuando

corra, diga. Y allí, al lado, la calle de la Villa, no de la Corte, villa de nobles villanos, villa provinciana, de provincia capital vencida por España y a España entregada y de corazón rendida.

Salióse uno luego a la calle mayor, arteria que fué entre la Villa y la Corte, y por esa calle fluye caudal del pueblo. Gente que baja hacia la puesta del sol —desde la Puerta del Sol— a refrescarse la vista con el verdor de la Casa de Campo, y entre esa gente, parejitas atortoladas y le refrescan a uno la vista ellas, las muchachitas, en atavío veraniego y ligerito, y hace que al cruzarlas se sienta el ritmo de su respiración y el vaho tibio de su transpiración. Tibio pero a la vez, por íntimo y paradójico contraste, fresco, con frescor de rocío mañanero. Que también el botijo, tan popular y tan pueblero, trasmana frescura al sol. Un hálito de alegría contenida y dulce, de contento de vivir mocedad. Y un aire de bienestar que no se sentía antaño. Y es que el tenor de vida de los bajos, de los humildes, se ha alzado mientras ha ido bajando el tren de vida de los altos, de los altaneros.

¡Ay, aquellos años de las melancolías estudiantiles de uno, hace medio siglo —en la llamada Restauración—, en este Madrid que ya uno, en la puesta de su vida, empieza a descubrir! Fuera de los bulevares y su bullicio mecánico y de esas grandes vías americanizadas, en viejas plazuelas provincianas y municipales, lugareñas, va uno espiando mi-

radas de niños —¡cosas de abuelo!— por si columbra en ellas algo del misterio quijotesco de Alonso Quijano el Bueno, el del lugar de la Mancha. Y el otro mayor misterio: el de la niñez de Don Quijote, como tal Don Quijote, que también la tuvo. Y piensa uno si el pastor que conduce su rebaño por la cañada de la mesta que es el Paseo de la Castellana, al rayar el alba de Castilla, no descenderá en linaje de aquellos cabreros que oyeron encantados al caballero.

Yendo por las calles y callejas, junto a lo que se llama el arroyo para sentir en pueblería, íbase uno tramando, lápiz en mano, notas para este comentario. Dios se lo pague al pueblo municipal.

HACE poco, con motivo de la campaña electoral a que mi historia me empujó, fuí algunas veces, soslayando a los hombres, a cruzar campos por entre estas matriarcales encinas castellanas. Matriarcales, velazqueñas y quijotescas. Llevando siempre en el hondón de mi memoria la visión de una tarde en que al ponerse el sol contemplé plantado al pie de una encina un toro tan berroqueño como ella, y detrás, de fondo, frisando en el ocaso, el oleaje dorado de un trigal.

¡La encina! ¡Símbolo y emblema secular del alma de esta tierra! "Robusta" la llamó Don Quijote, es decir: robliza y es, de hecho, hermano del roble, el árbol santo de Guernica, el de las libertades vascas, que extendía su fruto por el mundo todo. La encina, árbol que parece de roca, de berrueco, dura, prieta, inmoble al viento, de oscuro follaje perenne. Negra *—ilice nera—* la llamó Car-

ducci al cantar a las fuentes del Clitumno, y al maldecir al sauce llorón *piangente salcio*— al "desmayo", "amor de los tiempos humildes". Estas robustas matriarcales encinas castellanas, de secular medro, que van siendo sustituídas, ¡lástima!, por esos pinos quejumbrosos —*¡queixumes dos pinos*— y resinosos. Estas encinas que esconden recatadamente su flor, la candela, y dejan escabullir —o sea *escascabullir,* o salirse del cascabullo o cascabillo, del dedal—la bellota— "su dulce y sazonado fruto", que dijo Don Quijote, para que se ceben cochinos en la montanera. Cochinos que mantendrán a los hombres. Y entre estas "robustas encinas" los "valientes alcornoques", que alguna vez se casan con ellas y dan el curioso y rarísimo *mesto,* un mixto o mestizo de unas y de otros.

De las entrañas de la encina, de lo que se llama su corazón —corazón de encina—, del íntimo leño rojo de sus ramas gruesas, forjan los charros dulzainas. Sacan un rollo, lo perforan a lo largo con un asador en brasa y le ponen luego los agujeros para puntearla. Y así resultan melodiosas las rojas entrañas de la encina en que toca el dulzainero aires de la tierra castellana.

Por estas tierras, por estas dehesas, anduvimos, caballeros andantes, hace unos años llevando una campaña agraria, quijotesca, no electoral, hablándoles a los labriegos y gañanes de que de poco sirve dejarles las manos libres para el contrato de

trabajo si con las cercas de los cotos se les ponen grillos a los pies. Y hemos podido ver al cabo de años el fruto de aquellas nuestras predicaciones. ¿Sólo de aquéllas? Alguien nos precedió: un profeta mítico y místico. Que al recorrer ahora de nuevo estos campos he recordado otra predicación, una predicación propiamente comunista, al pie de una encina castellana, predicación de hace tres siglos y cuarto. Fué de Don Quijote, el gran comunero.

En el capítulo XI de la primera parte del libro se nos cuenta cómo el caballero, habiendo tomado "un puñado de bellotas en la mano y mirándolas atentamente, soltó la voz" a razones... comunistas. Fué cuando entonó aquella "arenga" de: "Dichosa edad y siglos dichos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...", y lo de que entonces se "ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*", pues "eran en aquella santa edad todas las cosas comunes", y todo lo demás, que podemos, como los cabreros que lo oyeron, volverlo a oír, leyéndolo del libro los que no se lo sepan ya de coro. "Larga arenga", que, según el malicioso Cervantes, "se pudiera muy bien excusar" Don Quijote, y a la que aquél, el historiador, llamó "inútil razonamieto". Pero yo, el comentarista, al comentar la "arenga" en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* hace ya más de un cuarto de siglo, sostuve, como hoy sostengo, que no fué inútil el razonamiento comu-

nista del caballero y que les llegó al fondo del alma a los cabreros, que, aunque al pronto parezcan no entender, entienden al cabo, y que hay que hablarles como se habla a Dios, del hondo del corazón y en la lengua en que se habla uno a sí mismo a solas y en silencio. La música de las palabras resonará en las mentes de los cabreros —dije y digo— mejor que en la mente de los bachilleres el arte de Sansón Carrasco. En aquel mi comentario expresé mi fe en el poder de la palabra pura, mi fe en Don Quijote, "dando al aire de que respiraban todos reposadas palabras vibrantes de una voz llena de amor y de esperanza".

Y he vuelto a oír, he vuelto a oír entre las matriarcales encinas castellanas, surgiendo de sus melodiosas entrañas, la voz de Don Quijote, y he vuelto a encontrar a sus cabreros. Y sigue sonando la dulzaina castellana, sólo que ahora suena son de lucha entrañable.

Días antes de emprender esta campaña me paseaba por otro encinar, el del Pardo, a las puertas de la Villa y Corte del Oso y del Madroño. Y me acordaba de la agonía del penúltimo Borbón de España, de Alfonso XII, que soñando en el hijo —¿hijo o hija?— que le iba a nacer estertoreaba entre las encinas del Pardo: "¡qué conflicto!, ¡qué conflicto!". Y no sé si en aquel Pardo hubo o no pacto. Y luego, últimamente, entre esas mismas tristes encinas languidecía, ajándose, el nieto y he-

redero del Restaurador. Y ahora que va por fin a abrirse al pueblo la dehesa del Pardo podrán ir los españoles a escuchar lo que dicen las matriarcales y entrañadamente melodiosas encinas quijotescas a los pinos, los robles, los sauces, las hayas, los olivos, los avellanos, los algarrobos y los demás hijos de la roca ibérica.

¡Milenarias encinas castellanas a que riegan ramas del Duero y del Tajo, que Dios bendiga vuestro canto quijotesco, canto que me ha sido dado oír mientras miraba el oleaje dorado de la mies a espera de la hoz segadora!

EN SAN JUAN DE LA PEÑA

ESTUVIMOS en Jaca, envuelta en reciente leyenda republicana, en encumbradas laderas pirenaicoaragonesas. La peña de Oruel, monumento —esto es: amonestamiento— natural, prehumano; por ser prehistórico, domina a la ciudad y como que la ampara. Una ruda catedral, a base románica, montañesa. Y a su sombra los porches donde estalló la última contienda, de que guarda impactos la casa-cuartel de la Guardia civil. Por Jaca fluye el Aragón, el río que dió nombre al reino, y el que ensartaba dos reinos, el de Aragón con el de Navarra, pues en tierras de ésta rinde sus aguas al Ebro, al río ibérico que va de Cantabria a Cataluña.

Nos fuimos, en privada romería, al monasterio de San Juan de la Peña, al que alguien llamó, con dudosa propiedad, la Covadonga aragonesa. Cruzamos arboledas de leño, de madera, no de frutos, donde el acebo hacía brillar sus erizadas hojas,

como un arma. Y bajamos al viejo y venerable santuario. En un socavón de las entrañas rocosas de la tierra, en una gran cueva abierta, una argamasa de pedruscos que se corona con cimera de pinos. Y allí, en aquella hendidura, remendado con sucesivos remiendos, el santuario medieval en que se recogieron monjes benedictinos, laya de jabalíes místicos, entre anacoretas y guerreros, que verían pasar, en invierno hollando nieve, jabalíes irracionales, de bosque, osos, lobos y otras alimañas salvajes. Bajo aquel enorme dosel rocoso sentirían que pasaban las tormentas. Los capiteles románicos del destechado claustro —le basta la peña por cobertor— les recordarían el mundo, un mundo no de mármol ni de bronce helénicos o latinos, sino de piedra, un mundo berroqueño, en que la humanidad se muestra pegada a la roca —como entre los egipcios— y no ensenta de ella. En uno de aquellos capiteles, Eva hilando en rueca y su Adán guiando la yunta de bueyes —o toros— de labor, condenados a vestirse y a comer con trabajo. Y allí los monjes escribían en paz hechos de guerra, y al escribir historia la hacían. Que el hecho histórico es espiritual y consiste en lo que a los hombres se les hace creer que queda de lo que pasó, en la leyenda. La leyenda empieza con el documento fehaciente, que hace fe, que hace creencia, y se agranda con la crónica. Como aquella del anó-

nimo monje pinatense a la que Zurita llamó la más antigua historia general del reino de Aragón.

En aquel refugio, casi caverna, bajo la pesadumbre visual de la peña colgada, se le venía a uno encima una argamasa de relatos históricos, de leyendas. Ramiros de Aragón y Sanchos de Navarra, cuando, en reconquista, brotaron mellizos los dos reinos pirenaicos. Y todo ello confusión. Bajo la peña, en la caverna, sepulturas de nobles y de reyes. Y un medallón con la efigie —característico perfil de carnero— del rey Carlos III, que hizo reparar el viejo santuario. Y entre las tumbas, a su pie, en el suelo, rota la losa, la de aquel Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, recio aragonés de rancio linaje, aquel conde de Aranda que llena el reinado del Borbón. En la rota losa se nos dice que habían de haber sido trasladados sus restos al panteón de hombres ilustres, a Madrid, pero que allá volvieron. Y allí está, en el suelo, no en el muro como su presunto antepasado. Allí el conde de Aranda enciclopedista, gran maestre de la masonería española, amigo de Voltaire, el que primero expulsó a los jesuítas de España y consiguió, con Floridablanca, que el Romano Pontífice disolviera la Compañía de Jesús. Y allí, desterrado en su nativa tierra, rindió su espíritu el último año del siglo XVIII. En el suelo de un claustro cavernoso, al abrigo de una peña, en las faldas del Pirineo que une a España con Francia, descansó el que nos trajo el re-

volucionario despotismo liberal. Su temple no fué otro que el de los caudillos reconquistadores, ni acaso otro que el de los monjes que para historiar sus leyendas se cobijaron bajo la peña, en la caverna.

Y allí, lejos de la engañosa actualidad que pasa y no queda —y su paso no nos deja verla— se sintió uno envuelto en un nubarrón de visiones que pasaban como las sombras infernales y celestiales del Dante. San Juan de la Peña era la boca de un mundo de roca espiritual revestida de bosque de leyendas. Y empezó uno a meditar en cómo vuelve lo que se fué, y es la repetición el alma de la Historia que se produce, como los vastos mundos estelares, en espiral. Vanse las leyendas, dando paso a los que creemos historia. ¡Pero esté de Dios que se vaya la Historia, la que creemos tal, dando paso a las leyendas! No nos quede lo que pasó, lo que sucedió, sino lo que los hombres, por haberlo vivido, soñaron que pasaba, que sucedía, y trasmitieron, con sus sueños creadores, a sus sucesores.

Sin detenernos en el monasterio de arriba, el del siglo XVIII, más que a tomar un tente en pie, nos volvimos a Jaca. Y luego, pasado Hecho y aquel rudo monasterio de Siresa —cuna, dicen, de Alfonso el Batallador—, aquel templo sin capiteles ni adornos, especie de caverna hecha a mano de hombre, en el alto valle de Oza, entre hayas y abetos y pinos, al pie de los tajantes picachos de la frontera,

que apenas huellan sino los sarrios —y alguna vez los contrabandistas—, oímos a uno de los protagonistas de la última proeza leyendaria, la de la sublevación de Fermín Galán, narrar lo que soñó que hizo mientras lo hacía y soñaba. Y todas las figuras leyendarias, todas las que soñamos para poder vivir historia, se perdieron en el bosque augusto que nos ceñía y que soñaba la Tierra perdida en el cielo.

AQUI, en esta Salamanca, acostada vera del Tormes, que la breza bajando de Gredos, espinazo de España, aquí, a digerir, a cocer sensaciones de Cuenca encrespada entre las hoces del Júcar y el Huécar, que bajan de la cordillera ibérica, costillar de la Península. ¡Dos tipos hermanos, pero tan diferentes estas dos tierras castellanas! Cuelgan las viviendas de Cuenca sobre las hondonadas de ambos ríos, y es como si la ciudad fuese borbotón de los entresijos de la sierra ibérica; casas desentrañadas y entrañables que asoman a la sima. Y todo, el caserío y el terreno, paisaje natural. Y espiritual. Rocas barroqueñas —y barrocas— que semejan murallas, como almenadas, tal vez embozadas en yedra; un castillo interior, de las entrañas de la tierra madre, aun más que en Avila de Santa Teresa. Huesos, piel y vello de arbolillos desme-

drados; no, como en Salamanca, jugosa tierra mollar.

Y toda esta convulsión en que se apelotona Cuenca no fué plutónica, de terremoto, sino obra del agua lenta y tozuda, la que cala y corroe y descarna la tierra y la hiñe y conforma. Así la tradición, líquida también, surca y corroe, y labia y talla, y tortura hondas hoces en el lecho rocoso de un pueblo. Y hasta inquisitorialmente, como lo probó y comprobó Cuenca en su historia.

Se abrazan y conyugan Júcar y Huécar al pie de la iglesia mayor que ha bendecido tantos desemboques mutuos de vidas de almas oscuras. "Nuestras vidas son los ríos —que van a dar en la mar—, que es el morir...", cantó el del Carrión, y a morir se han ido, mejidos sus caudales, vidas aparejadas en costumbre. Se conocieron acaso en aquel parque provinciano, enjaulado, y formaron un hogar. Mezclada a la neblina de las hoces contemplé la humareda de los hogares ciudadanos. En las márgenes de los dos ríos, chopos y álamos encendidos, como cirios, en rojor otoñal. ¡Y qué vidas! Aguardando todos los días, desde la mañana, al mañana eterno; aguardándolo, que no esperándolo. Vida no de esperanza, mas ni aun de espera, sino de aguarde. Y de aguante. "Posada del rincón" todo, y no tan sólo la que así se llama y empapelada su estancia con números de semanarios gráficos de actualidades pasajeras. En un rincón de una hon-

donada, los cipreses de las Angustias, arrimados al respaldar de la roca, junto al abandonado convento donde no hace mucho buscaba refugio y sosiego el cardenal Segura, primado de España.

¡Qué vidas! Alguna vez, a siglos, una sacudida histórica; ya es Alfonso VIII, que en 1177 arranca la ciudad a la morisma; ya es otro Alfonso, de Borbón y Este, aún vivo, hermano del pretendiente al Trono D. Carlos, que con su María de las Nieves, la doña Blanca de la blanca boina, cuya leyenda oí, de niño, nacer, y los que en 1874, pareja moza, entran, con su hueste de facciones carlistas a saco en la misma Cuenca. Dos aniversarios: el 21 de septiembre y el 15 de julio, que se agregan al aro de las festividades litúrgicas, con el día de Difuntos, el de Navidad, los de Pasión —procesiones callejeras en que entre encucuruchados penitentes de mascarada chispea la cara lacrimosa de la Virgen Madre—, los de Resurrección; la historia de siempre y que siempre, como el caudal de los ríos, vuelve por las mismas hoces de siempre.

En la catedral, el esplendor recatado de la rejería repujada. Pero mayor intimidad en aquellas rejas caseras que cierran los ventanales de la alta calle de San Pedro, que sube hacia el Castillo, a más de mil metros de altura. En aquellas encumbradas entrañas de la meseta castellana se forjaron aquellos barrotes de cierre como hila la oruga en las suyas las hebras del capullo en que se encierra

a dormir sueño de coco antes de ser mariposa. Que así durmieron sus ensueños los hidalgos conquenses, entre rejas, en esa cuenca bivalva y roquera de encantada ciudad.

Flores de este paisaje espiritual aquellos hermanos Valdés, de los primeros y próceres renacentistas reformados españoles. Como agua de los ríos natales habíales labrado el alma el caudal de dos tradiciones: la de la fe y la de la lengua. Para Juan, el del imperecedero "Diálogo", lengua la religión en que hablaba a su Dios y de España, y religión su lengua vulgar, a las que dió nuevo aliento y uso la Reforma. Teólogo y filólogo en uno, Valdés —teofilólogo como su maestro Erasmo—, estremecido de entrañada querencia a su nativo romance castellano, y estremecido de piadoso cariño a la fe que les hizo soñar la vida a sus antepasados, de castizo abolengo. Sabía Valdés que creer es hablar con Dios en la lengua viva de la cuna, sin truchimanes medianeros, y en conformidad de incertidumbre.

Así, mientras las viviendas colgadas del caserío de Cuenca, empinándose las unas sobre las otras, miraban con sus ojos huecos, sus luces, a las aguas que van a dar a la mar, de donde brotaron, por el lecho de las hoces, volvía yo mi vista histórica al pasado sendero de los siglos de nuestra inacabable doble reconquista, la de nuestra lengua de hablar con nuestro Señor, el Padre de la España eterna,

nuestra fe vulgar y popular, y la de nuestra otra lengua, religión también, nuestro ibérico romance castellano. Y recordaba que cerca de Cuenca, en las márgenes manchegas de la vertiente de su serranía, en llano, ya, en Belmonte, vió la luz otro teofilólogo renacentista y escriturario, fray Luis de León, el del legendario "decíamos ayer" —siempre decimos lo que ayer dijimos—, que, libre ya de la Inquisición, que le husmeó hebraizante y acaso marrano, cantó la descansada vida del que huye el mundanal ruido aquí, en esta Salamanca, donde se cansó al cansar a los otros.

UNOS días a restregarme el alma en la desnudez ascética de la vieja Castilla reconquistadora, la del Cid. Guadalajara, Atienza, Berlanga, Burgo de Osma, San Esteban de Gormaz, Soria, Numancia, Almazán, Medinacell, Cifuentes, Brihuega..., nombres que son tierras que resuenan en este romance castellano, cuyo primer vagido literario sonó en ellas, en esa Extremadura, o sea frontera con los moros. Romance de romanos que aterraron, que echaron en tierra, a los celtíberos en Numancia.

¡Desolación de Numancia entregada a los arqueólogos! Allí, en la piedra del umbral de un viejo hogar celtibérico, la svástica que vino luego a ser el crucifijo martillo del Cid, el que se guarda en Salamanca junto al sepulcro del obispo D. Jerónimo. Y allí, aterrados, hechos tierra y ceniza, los que para defender su personalidad diferencial resistieron a los romanos imperiales. Y se hizo His-

pania. Y corrieron los siglos, y llegaron los moros, imperiales también, y luego, la Reconquista.

¡La Reconquista! ¡Cosas tuvieron nuestros Cides que han hecho hablar a las piedras! ¡Y cómo nos hablan las piedras sagradas de esos páramos! Reconquistado su suelo, Castilla, que había estado de pie, se acostó a soñar en éxtasis, en arrobo sosegado, cara al Señor eterno. Y soñó recuerdos y esperanzas; soñó esas "sirenas del aire" que posaron, empedernidas, en los capiteles románicos. Aunque los más ni soñaban; cuidaban sus ganados, sus veceñadas, y roturaban sus campos. Tenían tanto sueño, sueño de cansancio secular, que ni les dejaba soñar. Dormían la vida en Dios, que era quien les soñaba. Era el sueño de la Reconquista. Y en tanto, corrían las aguas del Ebro al mar de Roger de Lauria, y las del Duero, al mar imperial de Colón, de los Reyes Católicos. Católicos de catolicidad, de universalidad española.

¡Medinaceli! El arco romano, imperial, mirando con ojos que son pura luz, al paisaje planetario de aquellas tierras tan tristes que tienen alma, como dijo nuestro Antonio Machado. ¡Y tanta alma como tienen! Medinaceli heñido en el páramo por los dedos sobreimperiales del Señor. Se van arrumbando las ruinas que son Medinaceli, porque hasta los muertos se mueren. Y allí acabó de agonizar, muriéndose, Almanzor. El tambor legendario de Calatañazor ya no suena; se le rompió el parche.

Y allí en Medinaceli, junto al arco romano, ha edificado el Patronato del Turismo un albergue, sin duda para que los turistas puedan ir a decir, como el baturro del chascarrillo: "Conque agonizando, ¿eh?". De Numancia a Medinaceli fué nacida, como en lanzadera del telar de Dios, mi alma.

Esta tierra pobre, con pobreza divina, fué la de Lainez, la de Sanz del Río, la de Ruiz Zorrilla. Y esta tierra era hace cerca de un siglo, cuando escribía Madoz, una de las que sostenían más escuelas. Y hoy mismo, los descendientes de aquellos celtíberos romanizados —y romanceados— se afanan en levantar escuelas como aquéllos levantaron sus recogidas iglesiucas románicas. Renace un nuevo culto en una nueva reconquista. Y pueblan el aire claro del páramo nuevas sirenas del aire. Se siente que un nuevo éxtasis afirma una personalidad integral no diferencial, y sin alharacas. ¿Estáticos, quietos? Esto les llaman los sedicentes dinámicos —¡pedantes!—; pero no son estáticos, sino extáticos. Vuelven a ponerse fuera de sí, enajenados, y no ensimismados. Y yo sueño en una nueva reconquista integral, imperial, de la radical España.

Contemplando aquellas tierras celtibéricas amenizadas y romanceadas me acordaba de cómo al decirle un día a mosén Clascar —el traductor del "Génesis" al catalán— aquello de "¡Ancha es Castilla!" me replicó mi buen amigo, no sin cierta me-

lancolía diferencial: "¡Sí; tan ancha, que nos perdemos en ella...!" —¡Perderse!—. Nadie se pierde así sino para ganarse, para integrarse. No se perdieron los celtíberos en Numancia: no se perdió Almanzor en Medinaceli. No se perdieron los moros que levantaron el castillo de Gormaz, ni se perdieron los moros a quienes conquistó en castellano el Cid Ruiz Díaz de Vivar, el de la Valencia del Cid. Y los sones de su canción de gesta, del Cantar de Myo Cid, se han fundido con los sones de Auzias March, absorbiendo a éstos. Que los que parecen perder su personalidad diferencial la recobran más íntima, más radical, más imperial, más universal, en la personalidad integral en que se asientan los que se agitaban en pie.

Desde aquella cumbre de páramo que es Medinaceli en ruinas, barbacana sobre Aragón en tierra castellana, veía subir al cielo de Dios a nuestra España y soñaba que el Dios del Cristo la soñaba como El se sueña: una y trina. Y con un solo Verbo y un solo Espíritu.

JUEVES SANTO EN RIOSECO

MEDINA de Rioseco, ciudad castellana, abierta, labradora, en los antiguos campos góticos, en tierra llana, asentada y sedimentada, donde aun habrá, siquiera en los arrabales, alguna de esas *glorias* sobre que se baraja el tute en las veladas de invierno. Su calle principal, su rúa, más bien el carrejo de una casa de comunidad —Medina la casa—, en que se puede conversar, a través del llamado arroyo —allí seco—, de ventana a ventana o de balcón a balcón enfrentados. Y en Medina de Rioseco cuatro grandes, y grandiosos, templos, como cuatro grandes naves ancladas en la paramera, y el mayor la espléndida iglesia de Santa María, con su altiva torre barroca —lo barroco nos dice barrueco o berrueco, y es berroqueño—, que avizora a la ciudad toda, y en esta iglesia la capilla, ya celebrada, de los Benaventes. Y en esta capilla,

entre otras excelencias, aquella representación de las épocas de la vida de nuestros primeros pobres padres, Adán y Eva, a los que acaba, acabada su breve inmortalidad interina, guiándoles a la huesa la Muerte, mientras les toca la guitarra.

Y allí, en Medina de Rioseco, la procesión de Jueves Santo, este año más significativa. Jueves por eminencia santo, por ser el de pasión, con la santidad de ésta y la posesión de la santidad. Iba atardeciendo. Desde la plaza de Santo Domingo, al bajar la procesión, se veía empinada sobre el apiñado caserío la torre de Santa María, sobre el cielo agonizante que empezaba a parir estrellas. Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad —dolorosa soledad y dolor solitario—, de Juan de Juni. Una de esas castizas Dolorosas españolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. ¿Serán nuestros siete ríos mayores? El dolor serenado se cuaja acaso en alguna lágrima diamantina que refleja el resplandor dulce de los cirios. Porque allí pasaba a la luz de luces de cera de abejas en velas que llevaban procesionalmente manos de mujeres en fila. Las bombillas eléctricas municipales desentonaban con su cruda luz civilizada. Arriba pestañeaban sonriendo tristemente las estrellas. Atravesó a la procesión un camión. En un paso tocaba en silencio el clarín un legio-

nario romano que precede al Nazareno, vestido de morado castellano, con su cruz a cuestas.

Y estos pasos pasaban por la rúa comunal, familiar. Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver la que vió de niño, y el niño, aun sin darse de ello cuenta, espera ver la misma cuando llegue a anciano, si llega.... Y no ha pasado más, ni monarquía, ni dictadura ni revuelta, ni república. Pasan los pasos. Y los llevan los mozos. Los más pesados los iban a llevar el viernes, también santo, los socialistas, los de la Casa del Pueblo. Casa del pueblo es la ciudad toda, ¿y por qué han de resistirse a la secular tradición si en nada se opone a la reciente tradición socialista? Acaso el Traidor, el tesorero de los Apóstoles, expusiera las razones económicas que leemos que expuso en el capítulo XII del Cuarto Evangelio, el mismo en que se nos cuenta cómo los sacerdotes querían matar a Lázaro resucitado para que no atestiguase. Y luego allí, en Medina, está don Ursinaro, el párroco popular, que dos o tres veces se salió de la presidencia de la procesión para venir a hacernos útiles indicaciones de cicerone.

Cuando íbamos a salir de Medina entraba en ella un rebaño de ovejas. Y luego, entrada ya la noche, mientras dábamos un último vistazo a las lumbreras procesionales, desfilando por las callejas, en lo alto del cielo otro paso, el Carro Triun-

fante —Orión— arrastrado por Sirio y llevando a las Tres Marías. Paso de la eterna procesión —¿también pasional?— celeste, la que señala horas y siglos de siglos.

Y cruzábamos —¡siempre cruz!— el páramo asentado y sedimentado, la dolorosa soledad serena del páramo, hacia Palencia, hacia el Carrión de Alonso de Berruguete y de Jorge Manrique, el de que "nuestras vidas son los ríos...". Y ¡ay cuando secos! Fatídico y emblemático nombre ese de Ríoseco, río seco. "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar...." ¿Y no también las estrellas? Que van a dar... ¿dónde? Y pasarán como los ríos y como los pasos de toda pasión humana o divina, en perpetuo jueves santo, mientras la Muerte toca la guitarra, y al son bailan los mortales. ¿Qué mejor podemos hacer? Y quedarán, resonando en el silencio, la cruz y la palabra, la cruz de la palabra y la palabra de la cruz.

Jueves Santo en Medina de Ríoseco; jueves de pasión en el río seco de la paramera castellana, pero bajo una estrellada que es un consuelo. Y el dolor se serena, se depura, en la Dolorosa. La tierra está llena de cielo, y el cielo está como henchido de tierra, y en la soldadura de uno y de otra, de cielo y tierra, en el horizonte, se ve como se cierra nuestro mundo pasajero.

Y es, lector, que alguna vez tengo que hablarte,

en comentario perpétuo, no de lo de antes, ni de lo de ahora, ni de lo de después, sino de lo de siempre y de nunca, que ya volveremos a los pasos de la actualidad pasajera, y a bailar al son de la guitarra simbólica.

HIJO del Cantábrico yo, del golfo de Vizcaya o de Gascuña —Gascuña viene de Wasconia: gascón, de wascón—, recocido en la encumbrada meseta castellano-leonesa, en la cuenca —concha— del Duero, al que va el Tormes, cuenca que fué, se dice, lecho de un mar interior antediluviano, he venido, romero de España, a esta costa alicantina, a esta marina de Levante, por donde nos sale el sol. Y he venido atravesando la Mancha, ese piélago de tierra de Don Quijote, en el que Sancho soñó su ínsula. En Criptana contemplé los molinos contra el cielo implacable. Que ahí, en ese campo de los molinos y de las encinas, el hombre también se recorta contra el cielo y sobre él por fondo. La "extensidad" —e intensidad— del campo es extensión —e "intensión" que se hace intención— del hombre que la pisa y labra y ahonda en ella huesa en que arraigar para la eternidad. Y esa extensión —e "intensión"— se extiende, tensa,

en redondo hasta soldarse con el cielo mismo. El horizonte, o sea el lindante, borra las lindes. Y se hace, se tesa, un campo austero, ascético, casto. Como Don Quijote y como también Sancho. Pues hay que ver en el trato todo lo que hay de contención y de contenido contento, sin efusión de aparatosa, en la cortesía —no cortesanía— celtibérica, en eso que los franceses solían motejar de "morgue castillane", en la gravedad señoril. En esa gravedad que es tersura, tiesura de dueño de sí.

Luego venía declinando, tendiéndose la tierra hacia la mar, y por fin dimos vista a este Mediterráneo. ¡Mediterráneo! "¡Es un verso adónico!", solía decirme Gabriel Alomar, el mallorquín, ¡Mediterráneo! Aquí, a su vera, las rocosas colinas —pueyos podríamos decir—, sin leña ni pasto, se desnudan ante la mar, para tomar el sol. Pero sufren sed, sed de agua dulce, de sierra, que la de la mar no la apaga. Presidiendo a Alicante, a Alacant, el castillo, roca de mano humana, de Santa Bárbara, en Benacantil, roca de mano divina. Y los ríos —"nuestras vidas son los ríos..."—, ramblas mejor, como el Vinalapó, en Elche, o el Gudalest, llegan secos, sin vida, sedientos, a la mar, que es su último morir. Y he venido de aquellas encinas sosegadas, recogidas y castas, que ocultan, pudorosas, su verde y recatada flor, la candela, a estas palmeras costeñas que se cimbrean, vistosas, a la brisa de la marina y que aparentan hacer mues-

tra de su floración carnosa y encendida. La luz es otra. No la luz de cumbre de tierra —tal la meseta— cruda y cortante, sólida, sino luz de marina, fundente y como líquida. Y los dos, la meseta y el mar, dos espejos del cielo.

Y aquí, en Alicante —Alucant, Alacant—, extremo sur del en un tiempo dominio lemosin, el recuerdo de Don Quijote me trajo el de Tirante el Blanco, uno de los caballeros andantes —a las veces navegantes— que suscitaron a nuestro manchego. Tirante el Blanco no fué continente, ni contenido, ni casto. La sangre le bullía en las venas, y en el cuerpo le bullía la carne. Y los recuerdos mellizos de Don Quijote y de Tirante el Blanco me han traído —otra vez— la noción de las dos vertientes de nuestra España, la que nos ha hecho y estamos haciendo.

Porque España, de partirla en dos —¿por qué no en tres o en más?—, habría que partirla, no por latitud y longitud, sino según las dos vertientes, según que las aguas de sus tierras vierten al Mediterráneo y a aquella porción del mar del Estrecho que le es aledaña o vierten al Cantábrico y al Atlántico. Y como que cruza y traspasa a estas dos vertientes el río epónimo de Iberia, el Ebro, que al pie del Pirineo nos une. Y lo vigila el Urbión, cuna del Duero, donde nació la leyenda del Cid castellano, conquistador de Valencia. Como Don Quijote, conquistador también del Mediterrá-

neo. Que a ser vencido, conquistado, y con ello a conquistar, pues su vencimiento fué su victoria, le llevó Dios a la playa de Barcelona, al mar latino. ¿Latino allí o fenicio? Aquí, en Alicante, acaso helénico. ¿Y quién se acuerda hoy, ni en su tierra, ni en su marina, de Tirante el Blanco, de Tirant lo Blanc? Ni aunque a la crónica de sus hazañas y proezas se le perdonara el castigo del fuego en el escrutinio de la librería que volvió loco de desatarse a Don Quijote. ¡Y quién sabe lo que acaso habría dicho Tirante el Blanco, en su lengua líquida, al pie de una palmera, frente al mar latino —ellos le decían "mare nostrum"— con un puñado de dátiles en la mano y dirigiéndose a los tripulantes de algún falucho de pesca mientras dormía la vela latina de éste! Pero Tirante no se rozaba con gente tan humilde, de faluchos y de laúdes.

Conquistador Don Quijote, conquistado al desengaño en Barcelona; conquistadores Cortés, Pizarro, Alvarado..., hombres de tierra adentro, de paramera y de meseta. Que suelen ser los hombres de cumbre, de serranía o de meseta, los que van cobrando tierra, y al llegar a su lindero, a la mar, se lanzan a ésta a cobrar más tierra, en últramar. Así, en Grecia, los dorios. Los costeros, los de la marina, se arregostan en ésta. Y es de creer que en la cruzada de almogávares, de catalanes y aragoneses, a la conquista del ducado de Atenas, en aquella luminosa cruzada que narró Muntaner, los

del empuje serían los de tierra adentro, los de las faldas del alto Pirineo. El empuje de ensanchamiento del solar común, de Iberia, lo dieron, sobre todo, los que dominaban las cabeceras de las dos vertientes. Y en estas cabeceras sonó el verbo imperial. Lengua que se fué liquidando, que se fué en cierto modo ablandando según bajaba, con los ríos, hacia la mar. La lengua robusta, robliza —"robustus" deriva de "robur", roble—, encinosa, cobra, en Andalucía, por ejemplo, aceitosidad de olivo y se hace más resbaladiza, más lúbrica —lúbrico es lubrificante—, menos casta. Y también menos castiza. Pero gana en otra vida terrenal más íntima. Sin que esté de más aquí, a este respecto, el hacer observar que el ya famoso busto de la llamada dama de Elche, se discute ahora que sea dama, y no más bien digamos... "damo", una divinidad masculina o femenina, quién sabe si común de dos o ambigua. ¡Hay tantas ambigüedades en nuestra religión popular ibérica!

Y aquí, en este Alicante, al sur del antiguo reino de Valencia, que, Murcia intermedia, se enlaza con Andalucía, se siente la honda trabazón y la semejanza estrecha entre el dominio lemosin, mejor diríamos catalán, y el andaluz, y cuán profundamente se asemejan estas dos porciones de la vertiente mediterránea. Y todo lo otro, de españoles del Norte y del Sur, no es sino apariencia y norteño un epíteto engañoso. Hay hombres de llano y de costa, y

los hay de sierra y de cumbre, contando como cumbres las mesetas centrales, las de las fuentes de los siete grandes ríos, que cumbres son Burgos y Salamanca, a más de ochocientos metros, y Avila y Soria, a más de mil.

SOÑANDO EL PEÑON DE IFAC

DE vuelta de Alicante a digerir las visiones levantinas, a cernerlas aquí, en esta tierra manchega —mejor sería en la mía, en el Machichaco— a soñar la marina alicantina, el camafeo del peñascal de Calpe, "todo de grana, con pliegues gruesos, saliendo encantadamente del mar" (Miró). Que allí, a su vista y toque, no me cabía soñarlo. La cruda realidad presente rechaza al ensueño, que no es hacedero soñar lo que se ve y toca; mejor ver lo que se sueña. Necesitaba, además, cerner por literatura el recuerdo de visión reciente. Que si un paisaje es —lo dijo Byron— un estado de conciencia, un estado de conciencia es también un paisaje.

Lo mismo de una ciudad, villa o aldea, que de una comarca o de una nación, importa más penetrar en la idea que sus moradores, sobre todo los naturales, tienen de ella que no aferrarnos a nuestra propia visión inmediata. La principal falla

de los hispanistas franceses, por ejemplo —y no hablemos de los turistas—, es que se nos vienen a continuar la noción tradicional francesa de nuestro modo de ser y de aparecer español más que a zahondar en la que nosotros nos formamos de nosotros mismos, aunque sea muy equivocada. Baste decir que hay quien viene a "hacer su España" sin saber español. Y ni el paisaje se logra ver —y menos soñarlo— así. El que visita un país sin conocer la lengua de sus naturales para oírlos celebrar o lamentar su paisaje, no consigue ni crearse ese paisaje, que es un estado de ánimo comunal, ni recrearse en él. Hay que ver el paisaje español tal como se espeja en las niñas de los ojos de los videntes españoles. ¿Quién se adentrará en el paisaje madrileño, si no se ha adentrado en los fondos de Velázquez y de Goya, y sobre todo, si no sabe entender el lenguaje del hijo castizo de Madrid? Y de que Barrés no entendía el castellano proceden las fallas de su visión literaria de Toledo.

Cogí, pues, los *Años y leguas*, de Gabriel Miró, profeta alicantino y me puse a repasar mis recuerdos recientes, a asentarlos y aclararlos. "Parece que los pueblos de la orilla del mar —dice— no puedan ser íntimos por la demasiada lumbre y anchura que les rodea." Pero busqué su intimidad en el profeta. E impresiones, acuñamientos, sobre todo, del peñón de Ifac, junto a Calpe, ese camafeo de *antiguor* —este vocablo es de Miró— que se

me ha quedado acuñado en el alma. En mi norte cantábrico, las montañas se hunden en la mar; allí, en Levante, surgen de ella. Desde el peñón de Ifac se prende el mar latino, púnico, helénico. Se adivina a lo lejos las Baleares. En la costa, cordilleras arquitectónicas y desnudas. Un mar turquino —donde se peleó contra el turco—, y al pie, paisajillos de mosaico. Y entre cachos de vieja alfarería —regalo de los arqueólogos que allí se improvisan— imágenes de una historia civil que se ha hecho como marmórea. Una eternidad parada. Y democritiana. No se olvide que el Mediterráneo apenas si tiene mareas, y que abunda en sal de conservación. Para aquella gente no parece haber ni anteayer ni pasado mañana, sino un hoy perpetuo en que se funden, como en acorde el ayer y el mañana inmediatos. Siempre es ahora. Y no es que por allí han pasado sino que allí se han quedado, como capas de terreno anímico, varias civilizaciones. Me decían que el peñón de Ifac debe de ser el antiguo Hemeroscopion de los focenses, observatorio —día—. Del día que pasa, vuelve y se queda; atalaya de la eternidad. Y desde él, desde el peñón de Ifac, desde junto a un pino que enraíza en roca, hundí mis ojos en el mar en que se mira el ojo del mundo mediterráneo.

Sobre ese Hemeroscopio, sobre ese peñón repujado entre mar y cielo, estaría en su lugar el busto de Elche, prisionero hoy en el Louvre, de París.

Allí, con sus rodetes mirando al mar de Oriente. "¿Se vería el mar desde el árbol en que recostaron las manos de Dios el cuerpo de Adán?", se preguntaba Miró. Un biólogo francés, Quintón, sostuvo que el primer hombre nació, como Afrodita, de la mar. ¡El busto de Elche sobre el peñón de Ifac, cara al sol marino! Y no resultaría desatinado el que se le llegase a ocurrir a algún escultor —o siquiera pintor— representar crucificado en una cruz svástica, barroca, en una cruz solar, clavado al sol, a un Cristo lampiño —así lo pintó Goya—, desnudo del todo y tocado de barretina de Levante, de gorro frigio. No sería, ciertamente, el Cristo celtibérico, castellano, central, el del páramo o de la sierra, ensangrentado y desangrado, nuestro trágico Cristo agónico, pero en todo caso tan cristiano por lo menos, y desde luego más ibérico, más nuestro, más castizo, que el jesuítico —no iñiguiano— Corazón de Jesús, de procedencia tardía ultramontana, francesa, y de trato —tal el de Lourdes— de mercaderes como aquellos a que arrojó a latigazos del templo de Jerusalén el Jesús evangélico. Ese Cristo simbólico, ibérico, clavado al sol, a la cruz svástica, tendría parentesco con el busto de Elche, que acaso representa a un redentor también. ¿Redentor de qué?

¡El peñón de Ifac! ¡El hemeroscopio ibero-helénico! Soñada desde él, desde esa atalaya; la Historia, cuaja, mística y aun misteriosamente, en una

visión de quietud y de plenitud, de sosiego y de anchura. Allí todo se hace tradición y antigüedad. O antiguor. Allí no se conciben bien estas mezquinas refriegas del progresismo, que no es precisamente el progreso. Como el tradicionalismo no es la tradición. Que aquéllos son cielo, y mar, y tierra —mejor, roca— de concreciones y no de abstracciones, de peñascos y no de nubes. Cuenta Gabriel Miró así: "Bardells, sonriendo, exclamó: —¡Cómo se quedaría Calpe si le arrancásemos el peñón de Ifac!—. Pero no se lo arrancaremos nunca. Se ha de ser de un sitio concreto, y la belleza lo es." Y la divinidad también. ¡Divina concreción del Mediterráneo ibérico! El peñón de Ifac es geológico, pero es geográfico, que el mar de que surge es —lo dijo ya Miró— un "mar humano". No el "mar tenebroso" de que hablaban los portugueses y a que se lanzó Colón, que era acaso levantino. Y el busto de Elche es, probablemente, símbolo teológico, pero aun más teográfico. Que lo más de la llamada teología es propiamente teografía. Los teólogos naufragan en la definición de Dios —*un Dieu defini c'est un Dieu finà*—; pero los teógrafos no. Los teógrafos trazan el mapa de la Divinidad. ¡Teología... zoología! Y teografía, zoografía. Que en griego y hasta en el de hoy, zoografía quiere decir pintura. (Y filología, literatura.) Y es consabido que la pintura popular, de inspiración teológica y zoológica, la imaginería, pinta monos o

pinta santos. Y pintándolos santifica a los monos y animaliza a los santos.

¿Pero de dónde, Dios mío, me asaltó la revelación de ese Cristo ibérico, teográfico y zoográfico, crucificado en svástica, clavado al sol? ¿No será que ese Cristo ibérico, hermano del celtibérico, me esté escalfando y consumiendo con los rayos de su cruz solar? Que no sé, no sé a donde vaya a llevarme esta insolación de nuestra España teográfica y zoográfica. ¿Podré resistirla? Que hay también trasverberaciones patrióticas. Y hay, creédmelo bajo mi palabra de filólogo, quien muere porque no muere en su tierra por su tierra y para su tierra.

EMPEZAMOS a observar que desde hace algún tiempo empieza a extenderse por España —¿otra moda más?— el signo de la cruz svástica —"gammata" y también "dissimulata"— de significación tan agorera y fatídica en países de Centro Europa. De cruz, de cruz cristiana tiene muy poco hoy. En su origen parece que fué un símbolo solar.

En las estelas funerarias, sepulcrales, grabábase el sol con dos o más *ss* cruzadas y encerradas en un círculo; mas como para grabar a cincel en piedra, el ángulo es mucho más hacedero que la curva, de ese emblema curvilíneo nació el rectilíneo, del mismo modo que de tan minúsculas curvilíneas, pintadas, sean *a*, *m*, *n*, salen las mayúsculas rectilíneas, angulares, grabadas, epigráficas, *A*, *M*, *N*, y otras. De aquel emblema solar curvilíneo, quitado el círculo, surgió, pues, la svástica. Las dos *ss* cruzadas se hicieron como dos *zz* de ángulos rec-

tos, y resultó una cruz disimulada, hecha de cuatro escuadras. Y ¿qué hay de cruz?

Hemos visto esa cruz disimulada, de escuadras en una que se dice bandera Hispanoamérica, con cuatro cuarteles: blanco, rojo, azul y amarillo, y que es la de la Liga Pro-Hispanoamérica —L. P. H. A., ¡claro es!—, Federación —¡hm!— de Nacionalidades hispánicas. Pero lo que más nos ha llamado la atención es ver adoptada la cruz esa de disimulo por los nacionalistas vascos. Y esto nos ha hecho remontarnos a nuestra primera mocedad, la puramente vasca, cuando allá, en nuestra nativa Euscalerría, en Vizcaya, oíamos que los vascos adoraban la cruz antes de Cristo y morían en ella, en la cumbre del Irnio, cantando a sus dioses, o al Sol. Y aun oíamos —la fantasía no tiene freno— que de aquella cruz o "Lauburu", esto es, cuatro cabezas, hicieron los romanos su "lábaro". Con otros mitos y leyendas, nacidos los más de ellos de una erudición confusionaria. Y ahora, por lo visto, se ha creído que ese signo sepulcral, común en éste, las funerarias, vascas o no vascas, cristianas o no cristianas, es algo así como un emblema racista.

Emblema racista y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenofóbico y anti-semítico, es la svástica, la cruz disimulada, en Alemania y en Austria, entre los pueblos germánicos. Y así esa cruz no es ni cristiana, ni católica, ni propiamente es cruz. No es cristiana, pues Cristo mismo, y sus

apóstoles, entre ellos Pablo, el apóstol de los gentiles, fueron —y son— judíos, y el cristianismo es tan semítico como ario. O mejor: está sobre semitas y arios y camitas y negros y amarillos y todo linaje de razas; es católico o universal. De donde esa cruz disimulada, ese escuadrado símbolo solar, es anti-cristiana y anti-católica. Y en otro respecto riñe con el sentido de la escuadra masónica, que cuadra muy bien a los semitas.

Hay dos universalidades o catolicidades: la universalidad cristiana que reunió a todos los pueblos, sin distinción de razas, que formó la primera Internacional —y de proletarios, de esclavos, que tales eran los primitivos cristianos de las catacumbas de Roma— y la catolicidad socialista, la que en 1864 fundó la Internacional socialista al grito de: "Proletarios de todos los pueblos, ¡uníos!" Y esto que Marx y Engels fundaron sobre fe y esperanza de aquendidad, terrenales, respondía a lo que Pablo de Tarso, más que otro cualquier cristiano, había fundado sobre fe y esperanza de allendidad, celestiales. Dos universalidades, dos catolicidades, que aunque fundadas en fes y esperanzas distintas, si bien no opuestas, en rigor no se excluyen. Y la caridad une los dos reinos. Como también se completan, en rigor, la interpretación materialista y la interpretación religiosa de la historia.

Lo que se queda fuera —y en contra— de ambas universalidades, de ambas catolicidades, de la cris-

tiana y de la socialista, es el nacionalismo racista de la svástica. Aunque empieza a apuntar un monstruoso internacionalismo nacionalista, un racismo de las diferentes razas. Una locura.

Esta hoy ya fatídica palabra de "raza" es —ya lo hemos dicho antes— de origen español, y equivale a raya o línea. Se dice de "raza de sol", y "raza" se le llama en un tejido a una hebra. Raza es, pues, linaje, de línea. Y análogo es casta. Y como estas voces empezaron a usarse en ganadería, siguen teniendo un sabor de animalidad. Las concepciones racistas suelen ser concepciones zoológicas si es que no zootécnicas, de ganadería. Los racistas, quieran o no, a sabiendas o sin saberlo, consideran a los pueblos como ganado, como manadas. Generalmente de ovejas, a las que hay que esquilar. Quieren razas puras como un ganadero las busca. Razas puras en que se conserven los caracteres diferenciales —el hecho diferencial— que les hacen razas.

Y ahora, ¿qué sentido tiene esa svástica, esa cruz disimulada, esa cruz anti-cristiana y anti-católica, ese emblema solar, que ostentan, tal vez como amuleto, algunos de mis paisanos vascos? Sospecho que no tiene sentido alguno; que es otra puerilidad más de esos ingenuos e inocentes diferencialistas. Es jugar a la emblemática y al fetichismo. La voz fetiche la tomamos del francés, que a su vez la tomó del portugués "feitiço", nombre que

se daba a los idolillos o "hechizos" —que tal es el vocablo castellano— de los negros de las costas del Africa portuguesa. Un diosecillo hechizo facticio, hecho de mano de su adorador. Que se adora en él a sí mismo. Y la puerilidad racial —y racista— de caer en tales adoraciones fetichistas entra en lo que el Catecismo de la doctrina cristiana, el del P. Astete, S. J. llama "agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas". Quedando, pues, en que la svástica es emblema anti-cristiano y anti-católico. Y zoológico, no antropológico. Animal y no humano.

TENGO que remachar lo de la svástica, y perdone el lector que lo encete en observaciones de orden sobrado individual y en primera persona del singular; pero es que un paisano mío que cree saber algo de mi propio linaje me pregunta por el jugo de mi raza. Es que ha leído un libro mío, editado en la Argentina en 1927 —y que va a aparecer traducido al francés—, titulado "Cómo se hace una novela", y en que presento un personaje al que di el nombre de Jugo de la Raza, jugando con dos de mis apellidos. El de mi abuelo materno, José Antonio de Jugo, nativo de Ceberio, en el valle de Aratia, de Vizcaya, pero procedente, según papeles que conservo, del caserío Jugo, en el barrio Aperribay, de la anteiglesia de Galdácano, que está sobre el río Ibaizábal o Nervión, y el de mi abuela paterna, Josefa Ignacia de Larraza, apellido éste que, como Larra, Larraga, Larreta, Larrea, Larra-

zábal, Larramendi y varios más así, deriva de "larra" que significa pradera de pasto. Luego me permití con esos dos apellidos, en que para nada entran las voces castellanas jugo y raza, hacer un juego de palabras. Aquí, en este mismo diario, escribe un calaborador asiduo que lleva en sus venas el mismo "jugo" vizcaíno que el de las mías.

Ese paisano mío, poco satisfecho con mis observaciones respecto a lo que suele llamarse la limpieza de sangre, me viene a volver a darle vueltas a la concepción racial que he llamado zootécnica o de ganadería, y entra a la vez en lo que podríamos llamar "limpieza de verbo", o sea purismo lingüístico. Que no es lo mismo que casticismo, dado que la casta puede no ser pura, sino mestiza, y dicen que cuando el mestizaje se hace entre razas afines el producto gana. En Alemania se ha observado la excelencia de los mestizos de germano y eslavo. Y los pueblos dominadores, señoriales, imperiales, han solido ser pueblos amestizados. Y tenemos la impresión de que los celtíberos fueron superiores a los celtas puros y a los iberos puros, si es que los hubo. Casticismo, pues, no es lo mismo que purismo, y los que se empeñan en depurar una lengua limpiándola —lo que no es limpieza— de expresiones advenedizas suelen quitarle casticidad. Y expresividad. Cultivar lo diferencial de una lengua es empobrecer su universalidad, su integralidad.

Debo recordar a este propósito una frase de un catalán ya difunto, amigo mío, hombre de gran ingenio mediterráneo, Jaime Brossa, que dijo que el vasco es el alcaloide del castellano y la frase logró cierta fortuna. Y alguna vez ha sido recordada con motivo de Iñigo de Loyola. Quien pensó —y por tanto sintió—su fe cristiana y católica en castellano universal, de Castilla la Vieja, y no en el éusquera o vascuence del pie del Izarraits, esto es, Peña de la Estrella—, donde se asienta, entre Azpeitia y Azcoitia, el solar de Loyola. Y así, en lengua universal o católica, pudo pensar una religión universal o católica. Y fundar luego una Compañía universal.

Y pensando en la frase de mi malogrado amigo Brossa, castizo mediterráneo, he pensado alguna vez en si así como los vascos aparecemos como alcaloide del castellano, así no será el aragonés el alcaloide del catalán universal, no del diferencial. El aragonés, el almogával pirenaico e ibérico, esto es, el del Ebro, el que sobre todo después del compromiso de Caspe ha tomado la representación de la integralidad que, sin impropiedad, podríamos llamar catalana o lemosina. Y en el respecto de la lengua conviene recordar que Rodrigo de Borja, el Papa Alejandro VI, natural de Játiva, en el siglo XV, como ahora, de lengua lemosina, valenciana, propiamente catalana, y su hijo César, los famosos Borgias de Roma, hablaba entre sí no en el

romance lemosín, mediterráneo, de Játiva, sino en castellano. En un cierto castellano aragonés. Y que nada nos ha parecido más ridículamente diferencialista que ver traducida al catalán "La barraca", de Blasco Ibáñez, valenciano hijo de aragoneses, que en castellano pensó, sintió y escribió sus novelas. Y he pensado también si en Navarra, ibérica —esto es, del Ebro— y pirenaica, se dan las manos espirituales los dos alcaloides, el alcaloide vasco del castellano y el alcaloide aragonés del catalán, y se une el espíritu de las mesetas al de las costas levantinas. Acaso es en Navarra, en la patria de Francisco Javier, donde mejor se ha sentido la integración española, al pie del Pirineo y a orillas del Ebro. ¿Y se le va a ocurrir a nadie que los vascos de Estella, verbigracia, sean menos vascos porque no piensen en el vascuence de Aspeitia, en el que acaso tampoco pensó, lo que se llama pensar, Iñigo de Loyola? No; como a nadie se le ocurrirá suponer que los asturianos, que han olvidado el bable, sean menos asturianos que los gallegos, que aun conserven su gallego, sean gallegos. Esos aragoneses, esos navarros, esos asturianos, siendo más universales, más integrales, son tan propios, son más propios que los otros. Que así como hay quien se personaliza por su impersonalidad —y es nota genial— hay quien se diferencia por su integralidad, por su universalidad. Y ésta ha sido la fuerza del genio castellano: su universalidad. Y por esto

no ha sabido sentir diferencialidades. Ese ha sido el jugo de su raza, la savia de su linaje universalista.

Y en cuanto al mío, al jugo de mi raza, al de mi Jugo y de mi Larraza —y de mi Unamuno, ¡claro!— no lo he sacado de mis cuarenta años de vida castellana, salmantina, sino que llevé ese jugo a Castilla, a la cuenca del Duero, desde la estrecha cuenca vascongada por donde corre el Isaizábal, el Nervión, en que se mira el caserío Jugo.

EN estos días, en derredor del de Difuntos, se viene desde hace años celebrando un acto de culto del catolicismo popular, laico, de España. Acto religioso y artístico. Es la celebración del "misterio" de Don Juan Tenorio. En que lo erótico, lo sexual si se quiere, no es más que una somera envoltura de lo íntimo de él. Porque en el "Tenorio" de Zorrilla, como en el primitivo del teólogo Tirso de Molina, en el del "si tan largo me lo fiais...", lo religioso, lo "misterioso", sigue siendo lo entrañado, lo que atrae al público. ¿O es que no dice nada que sea precisamente al conmemorar a los Difuntos, y junto a ellos a Todos los Santos cuando se evoque a Don Juan? Don Juan comulga con los difuntos.

La fiesta de Difuntos, de las benditas ánimas del Purgatorio, es el núcleo de la religión popular, laica, española. Tanto o más que la Navidad o la Pascua. No hay mentecatada mayor que sostener

que lo del Purgatorio lo inventó la clerecía para lucrarse con ello. Lo inventó, esto es, lo creó el pueblo: el pueblo que quiere comulgar con sus antepasados, que quiere poder hacer algo en su sufragio. Y si los cree irrevocablemente condenados o salvados, ¿qué puede valerles? ¿Y es que hay nada más popular, más laico, que ese culto a los muertos inmortales, sobre todo en las regiones más célticas de Iberia? Un gallego, un portugués, un asturiano podrán dejar de creer en Dios —o creer que dejan de creerlo—, pero no en las benditas ánimas. Y ven, sobre todo en ciertas noches, pasar la estantigua, la "huestía", la santa compaña, la fantasmática procesión de sus difuntos. Y este culto, probablemente anterior al cristianismo, persiste en éste y persistirá cuando este cristianismo popular, laico, español, se cuele en la religión comunista que le suceda como en nuestro cristianismo se coló el paganismo. Paganismo de pagano, hombre del pago, campesino, aldeano. Y el hombre del pago, que no es el de la supuesta calle, seguirá creyendo en las almas errantes de los que hicieron la tierra que le hace, la tierra que labra. Las raíces de sus antepasados se hunden en su alma terrenal y terrosa.

Pero dejemos ahora esto para volver a ello y detengámonos en otra revelación misteriosa, religiosa, del "misterio" de Don Juan Tenorio. Es cuando éste dice, conmoviendo al pueblo, a su feligresía, más que con sus arrullos de seductor, aquello de:

"Llamé al cielo y no me oyó—, —y pues sus puertas me cierra—, —de mis pasos en la tierra— responda el cielo y no yo." Misteriosa arrogancia de desesperado a la antigua española, que plantea las responsabilidades del cielo, esto es, de Dios. Porque el cielo es aquí Dios.

Corre por ahí un dicho latino que dice "Quos Deus vult perdere dementat prius", "aquellos a quienes Dios quiere perder los entontece antes", en que otros ponen en vez de "Deus", Dios, Júpiter. Pero el texto primitivo, griego, que lo es de un fragmento de Eurípides, no dice ni Dios ni Júpiter —o sea Zeus—, sino que dice "el cielo". Aquellos a quienes el cielo quiere perder entontece o enloquece primero. ¿ Y no ha de recordarnos esto aquel relato del libro bíblico del Exodo (del cap. VII en adelante) de cómo Jehová endureció primero el corazón del Faraón para que no accediera a las súplicas de Moisés y Aarón en favor de los israelitas y castigarle luego enviando sobre Egipto las siete plagas? ¡Divina diablura esta de Jehová! Que me trae a la memoria aquella exclamación del hijo de un amigo mío que, al explicarle su madre lo que quería decir una estampa del Purgatorio, exclamó: "¡Pero qué cosas que "tié" Dios...!" En este muchachito, casi un niño, alentaba ya la misteriosa religiosidad popular española, la de Don Juan Tenorio.

Siente el pueblo toda la agorera misteriosidad del cielo, de ese cielo del que dijo el poeta culto que ni es cielo ni es azul. Pero es que el poeta, Argensola, se refería al cielo azul que todos "vemos", y el cielo de Don Juan Tenorio, el de la piadosa impiedad paganocristiana de nuestro pueblo no es el cielo que se ve, sino el que se siente, el que ha de responder de nuestros pasos en la tierra. ¿Ver? ¡Bah! Cuando los racionalistas combaten la fe, que es, según el Catecismo, "creer lo que no vimos", no se dan cuenta de que razón es creer lo que vemos. Argensola fingía —¡literato al cabo!— no creer en el cielo azul que todos vemos; pero el pueblo —poeta verdadero, poeta ante todo— cree en el cielo, no siempre azul, que siente, en ese cielo por el que desfila en procesión misteriosa la santa compaña; en ese cielo en que es un realidad la estatua del comendador.

¿Quién ha dicho que es irreligioso, que es incrédulo, el pueblo que acude, ritualmente, cada año a la representación del misterio de Don Juan Tenorio? Y ahora va a decirse misteriosamente, íntimamente, subconscientemente, que del último paso que ha dado el pueblo español, de este paso de un régimen a otro, de esto que llaman revolución, ha de responder el cielo. Todas las otras responsabilidades —o irresponsabilidades— le tienen sin cuidado ni cuita. El pueblo de Don Juan Tenorio, el de Segismundo, el de Don Alvaro, el

pueblo pagano y cristiano —es decir, católico—, el del eterno Purgatorio, cree en el cielo, en ese cielo que unas veces le estraga con la sequía sus cosechas y otras se las arrasa con pedriscos o se las inunda con avenidas. Y cree en ese cielo para descargarse de responsabilidad. Y esta creencia no se la arrancaréis con pedantescas racionalidades pedagógicas. Declarad en el papel que no hay religión del Estado; pero la hay nacional, y es la del pueblo que vive de misteriosidades, y por ellas. "De mis pasos en la tierra responda el cielo, no yo."

ANTE LA ESTATUA DEL COMENDADOR

HACE ya más de ochenta años que se puso en escena en nuestra España el "Don Juan Tenorio", un verdadero "misterio" al que su autor, Zorrilla, le llamó "drama religioso fantástico". ¡Y de qué fantasía! Y viene celebrándose anual y religiosamente, en el día de Difuntos. Luego han caído sobre el pobre Don Juan, el principal personaje del misterio, toda clase de analistas y escudriñadores de almas encarnadas. Pero apenas nadie, que sepamos, se ha detenido a escudriñar a otro personaje del drama, al más misterioso de él, que es Don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava y padre de Doña Inés. ¡Y que no es tragedia la de ese pobre hombre convertido, después que Don Juan le mata, en estatua!

¡Sobrevivir en estatua! ¡Tener que hacer de estatua! Ya él mismo presentía su suerte cuando, al ir enmascarado a la Hostería del Laurel a pre-

senciar el reto entre Don Juan y Don Luis, dijo: "Que un hombre como yo tenga —que esperar aquí, y se avenga— con semejante papel...." ¡Papel el que tuvo que hacer luego, muerto resucitado, en estatua! Ya Butarelli dijo de él y de Don Diego Tenorio, el padre de Don Juan: "¡Vaya un par de hombres de piedra!" "¡Comendador que me pierdes!", le dijo Don Juan antes de matarle de un pistoletazo, con lo que le perdió haciéndole estatua sermoneadora. Y luego fué lo de: "¡Llamé al cielo y no me oyó —y pues sus puertas me cierra—, —de mis pasos en la tierra—, responda el cielo, y no yo!" Y a quien había llamado no era al cielo, sino al Comendador, que venía a ser procurador, o más bien fiscal, del cielo. Que como tal le encontró Don Juan en el panteón de su familia. Al fin, Doña Inés —"mármol en quien doña Inés en cuerpo sin alma existe..."— se hizo sombra, sombra consoladora, y no estatua acusadora. Pero el desdichado Comendador, su padre, obligado, es de creer que contra su entrañado sentido, a hacer de estatua, ¡que es el más triste papel que puede a un hombre caberle! Cuando tuvo que decir aquello de: "Ahora, Don Juan—, —pues desperdicias también—el momento que te dan—, conmigo al infierno ven", ¿qué sentiría en sus entrañas de piedra? Y luego, cuando el pobre pecador empedernido exclama: "¡Señor, ten piedad de mí!", el Comendador, el convidado de piedra, más empeder-

nido que el pecador, sale con lo de: "¡Ya es tarde!" Y esto para estar en su empedernido papel de estatua.

¡Trágica suerte la de tener que hacer de estatua, y de estatua moralizadora y agorera! ¡Trágica suerte la del hombre estatua! La del hombre estatuado o estatuído. ¿Y habrá quién pueda contemplar su propia estatua? Harto es verse envuelto no en bronce o en mármol, sino en leyenda, y no reconocerse. Y tener que decirse: "éste es el de los demás". ¿Hacer de estatua en vida? ¡Ah no, no! Y menos para tener que decir: "¡ya es tarde!", o cosa así. Tormento igual....

Allá, en el Patio de Escuelas de la Universidad de Salamanca, se alza una estatua —una de las mejores que tenemos visto en España— de Fray Luis de León, que parece estar repitiendo en silencio el mítico: "decíamos ayer...", que se ha hecho ya una frase estatuída —o estatuada— en leyenda. Y el "decíamos ayer..." de la estatua en bronce de Fray Luis de León nos parece algo como el: "¡ya es tarde!" de la estatua en mármol literario del Comendador. Y no lejos de la de Fray Luis se alza otra estatua, esta del P. Cámara —a quien oímos vivo— con un brazo erguido en actitud de predicar. Pero se calla. Como se calla ese Castelar en bronce estatuído que yergue su brazo en el Paseo de la Castellana, aquí, en Madrid. ¡Una estatua en actitud de hablar! ¡Al demonio se le ocurre! Las esta-

tuas deben callarse. Y a los hombres, cuando en vida se les estatuye o estatúa, es para que se callen.

A la estatua de Memnón, en Egipto, dice la leyenda que le hacía cantar la Aurora; que cantaba al salir el sol. ¡Maravillosa estatua! Y otras estatuas cantarán también, al salir o al ponerse el sol; pero cantan más y mejor los hombres de carne y hueso, los que respiran aire. Las estatuas, ¡ay!, de ordinario no cantan. Alguna vez plañen. Y los hombres que tienen en vida que hacer de estatua tampoco cantan. Mejor hacer de sombras, como Doña Inés. Porque las sombras sí que cantan y que respiran. ¡Sombra, sí; pero estatua, no! "Mármol en quien Doña Inés en cuerpo sin alma existe...". Pero desde que el mármol se convirtió en sombra, el cuerpo se fué y volvió el alma. ¿Pero el alma del Comendador? No, el alma del Comendador se quedó fuera de su estatua. Un alma no dice nunca: "¡ya es tarde!". Para un alma, y aunque sea de severo Comendador, siempre es temprano, siempre es a tiempo.

¿Quedarse en una frase estatuída, en un aforismo, en una sentencia, en un oráculo como los de las estatuas de los dioses paganos? Mejor vagar como la sombra de una nube sobre el verdor de una pradera o sobre la azulez de un lago. "Sueño de una sombra", llamó Píndaro al hombre, y pudo haberle llamado "sombra de un sueño". De un sueño que se hace, se deshace y se rehace; de un

sueño que no es dogma, ni precepto, ni programa, ni sentencia. Pero los pobres mortales ciudadanos que no saben valerse ni guiarse por sí mismos piden a sus guiones y caudillos certidumbres y soluciones, y se empeñan en convertirlos en estatuas. Al quitarles contradicción les quitan vida. ¡Cuánto mejor ponerse a la sombra de un sueño! Ah, no, que no le definan, que no le fundan a uno. Y si le funden, que la estatua se calle.

AUN no hemos acabado con lo de la estatua. Pues ahora otra visión. Y fué la de una gitanilla —Mariposa— bailando descalza al sol y mirando bailar su sombra sobre la verde yerba de una pradera. Bailaba sola, para sí misma, y aun mejor, ni para nadie ni para nada, sin para quién ni para qué, en neta gitanería. Escribía con los pies en el verdor de la pradera el poema de la libertad creadora. Escribir con los pies, sí, pero claro que no calzados. A esos insectos que andan —no nadan— sobre el agua, y a que se les da en castellano los nombres de "tejedores" y "zapateros" —"girinos" por mote entomológico— llámaseles en Flandes "escritorcillos". Y nos recuerdan lo que se nos cuenta en el Evangelio (Marcos VI, 48 y 49) de cómo Jesús, en el lago de Genezaret se fué a sus discípulos andando sobre el agua —descalzo, de seguro—, y ellos, al verle caminar así, pensaron si

sería fantasma, y tuvo que decirles: "Animo: soy yo; no temáis." No era estatua, que ésta ni caminaría ni hablaría. Lo de hablar las estatuas —hasta de Cristo— ha venido después.

Los gitanos, los perfectos individualistas, son los menos estatuídos. Y libres, pues si otros pasan por sobre la ley, ellos pasan por debajo de ella. Y haciéndose a menudo el camino con los pies a campo traviesa, o por trochas y atajos. El hombre no puede, como el pez dentro del agua o el ave dentro del aire, moverse en ámbito homogéneo, sino que tiene que pisar en tierra atravesando el aire de que respira. Y aun así ha inventado el submarino y el aeroplano, no sujetos a superficies, y con la bicicleta un modo de locomoción en que se toque lo menos posible a tierra, en que se desprenda más de ésta.

Don José Echegaray dió, ya en sus últimos años, en andar en bicicleta, y como lo explicara un día en el Ateneo al decir que lo hacía por ser modo de locomoción más individualista hube de atajarle diciéndole: "No, D. José; el modo de locomoción enteramente individualista, anarquista mejor, es caminar solo y escotero, a pie desnudo, por donde no hay camino y haciéndolo con la marcha; a todo otro nos ayudan los demás." Y de este modo nadie está más cerca que los gitanos, los hombres más ajenos a la estatua y a todo lo estatuído.

¡Ay, aquella gitanilla —Mariposa— que parecía querer volar, como una alondra, sobre la tierra y no echar raíces en ella como la estatua del hombre civilizado en disciplina! Bailaba al sol y sola; sola con su sombra. Y había que acordarse de aquello de: "yo me entiendo y bailo solo". Cosa que no entienden los estatuídos, disciplinados, partidarios, sectarios, o de escuela o corporación. ¡Entenderse y bailar solo, gran virtud! Mas no solo, sino con la propia sombra. Sombra no estatuída ni fijada, sino cambiante. Al salir del sol la sombra nace larga y gigantesca, y al ponerse del mismo sol vuelve a crecer y se alarga y agiganta de nuevo. ¡Sombra de primera infancia, de niñez; sombra de última infancia, de vejez!

Los mamíferos unos son cuadrumanos, como los monos nuestros parientes, y otros cuadrúpedos. Y al caballo, solípedo —que pisa con un solo dedo, que se le ha hecho casco—, encima le calzamos, le herramos. Y el hombre mismo se ha calzado, y ya, sin desnudez sus pies, su baile no lo es verdadero. Se ha hecho más pedestre que manual. ¿Y por qué "pedestre" es para el estilo término de reproche? ¡Aquellos pies de los versos antiguos que servían de letra al canto con que se acompañaban al baile! ¿Y surgió de la música el baile o del baile la música? ¿O fueron hermanas mellizas ambas artes? Hay lo de "al son que le tocan baila"; pero

también danzante que es él quien provoca, guía y conforma el son.

¡Qué cómodo motejarle a alguien de danzante! Mejor danzante que estatua. Y, sobre todo hacer danzar a las ideas ante las mentes distraídas de los demás, en vez de esculpirlas y fijarlas. Y más si ha de ser en programas de partido o secta. Gran obra la de hacer que las ideas —científicas, filosóficas, políticas— desnudas de pie y de todo, dancen en las mentes de los que las piden fijas y estatuídas. La estatuaria es a la danza lo que a la música la letra. Y hay pobres hombres que no saben atenerse sino a la letra; hombres a la letra.

Como hay lectores que me escriben preguntándome cuándo voy a fijar mis ideas y a darles a ellos soluciones y certidumbres; cuándo voy a forjar estatuas. ¿Para qué? ¿Para convertirme en una de ellas? ¡Ah, no! Mejor seguir entendiéndome y bailando solo. O con mi sombra. Y convidando al lector a que se entienda él a sí mismo. Que si no se entiende ¿cómo le voy a dar entendimiento de sí? Y hete aquí, lector, por qué a las veces yo me te escapo como otras tú te me escapas. ¿Letra estatuída? ¿Programa? ¡No, no y no! Eso hay que dejarlo para los que se dicen consecuentes, y se forjan postura de estatua. ¿Consecuentes? Pero "conseguir" quiere decir seguir una cosa a otra —y conseguir—, y en la estatua, fuera del tiempo vivo, no hay consecuencia, porque no

se siguen en ella unos momentos a otros. No es de momento. Consecuente un río que va haciéndose su cauce y varía y cambia —sin solución de continuidad—; pero no una montaña quieta. Hay más consecuencia —conseguimiento— en danza seguida —y conseguida— que no es postura quieta de estatua, a que no cabe danza. Y en cuanto a estatuir y estatuar la danza, es matarla.

Ved a qué danza de visiones —ideas— hemos venido desde la estatua del comendador con su: "¡ya es tarde!" a Don Juan Tenorio, al pedir piedad al Señor, hasta la gitanilla —Mariposa— que, bailando sola, descalza y casi desnuda, junto a su sombra, al sol, al son del tiempo, se calla, y para la cual siempre es temprano. Y ved cómo voy trenzando estos Comentarios en que no se fijan, no se funden, no se forjan posiciones o posturas estatuídas, ni programas —¡líbreme Dios!—, si no se hace bailar a las visiones de la actualidad —danza— pasajera.

Y ahora... ¡puede el bailar continuar! ¿Al son de...?

¿POR qué no hemos de poder tratar alguna vez, lector amigo —o enemigo, que es igual—, de nuestras relaciones mutuas, de nuestro modo de entendernos recíprocamente? No ya del contenido, sino del continente. Que esto por ser periódico, es ya costumbre. Y más que recibo de vez en cuando cartas con avisos y amonestaciones, y que diga de esto o de lo otro, o que no diga de ello, o que de otra manera. Alguno, que en lenguaje liso y llano. ¿Liso y llano? ¿Qué es eso? ¿Y para qué? ¿Para no tener que mirar al suelo por miedo de tropezar? ¡Quia, no! ¿Empavimentar el artículo con lugares comunes, tópicos y frases hechas de modo que la atención pueda dormirse? ¿Que no encuentre el lector más que lo que esperaba encontrar?

Y luego, para entre nosotros, estoy harto de conferencias y desearía poder no dejarme arrastrar a hablar en público. Porque ¡me es tan penoso tener que ir al paso de la atención del oyente o repetir y

alargar lo dicho! ¿Del oyente? Del oyente, no, sino de los oyentes, del auditorio, que es lo malo. Que no se habla a cada uno de ellos, sino a la masa. Y una masa de hombres se compone de hombres de masa, macizos, aunque luego, separados ya, vuelvan a ser cada cual el que por sí mismo es. En cambio, aquí nos las hemos, lector —no lectores—, entre nosotros dos solos, y si no me entendieres, déjalo, déjame, que no me quedaré solo. Y sé que el dejarme provendrá en ti, no de dejamiento —¡cuánto lo ponderaban nuestros ascéticos!—, sino de dejadez.

Y puesto a confidencias, ¿sabes lo que me pasa ya cuando tengo que hablar —*tener que*, ¡terrible cosa!— en público? Pues que me quito las gafas —lo que empezó para poder leer el guión de notas— para no ver sino una masa confusa, una verdadera masa, para que no me distraiga ni desvíe la cara personal de uno cualquiera de los que me oyen, y poder así dar un tono impersonal, oratorio, lo menos lírico, lo menos confidencial, a lo que diga. Y entonces me quedo fuera de mi elemento propio, en eso que llaman lo objetivo. Un predicador que yo conocía solía decir que el que se dedica al púlpito tiene que dejar el confesionario —y a la vez el que se dedique a éste no servirá para aquél, supongo—, y esto, lo que vengo haciendo aquí, es confesionario. Es a cada uno de vosotros, lectores amigos —y alguno enemigo, a quien me dirijo. Y

si tanto de mí mismo —aunque alguna vez me llame "uno" en vez de "yo"— hablo es porque a ti mismo, lector, y no a otro me dirijo. Y así contesto a cartas privadas vuestras, a avisos, y a amonestaciones, a preguntas, a objeciones. Y me evito el contestarlas también por mi parte privadamente. Como tampoco a entrevisteros o entremetidos pues no quiero que se entremeta nadie entre tú y yo, ni que haga de truchimán: No, nada de que me traduzcan. ¿Que no me entiendes bien? Pues aprende mi lengua, nuestra lengua o déjalo. Y si la aprendes, si la aprendemos de consuno, deja que así, al desgaire, desencadenemos —esto es, libertemos— lugares comunes para hacérnoslos propios. Y propio el sentido común.

Y a este último propósito, alguno de vosotros me ha preguntado que si lo que me propongo es hacer lengua y más buscar la expresión que lo expresado. ¡Pues claro! Porque lo expresado es la expresión misma. Y así, busco por mis esfuerzos para expresarme el que tú, lector, te esfuerces por expresarte, acaso en contradicción conmigo. Y expresarse es exprimirse. Que te exprimas, pues. Y hacernos lengua común es hacernos comunidad y comunión. Y trabajando uno en hacerse lengua para otros, se hace a sí mismo y se enriquece y acrece para enriquecer y acrecer a otros, a los que le oigan. Que la lengua es caudal común, y quien la mejora mejora a la comunidad. Y ¡si supieras,

lector amigo, lo que es este empeño y menester de aclarar, fijar y acrecentar el modo de entendernos! ¡Si supieras bien lo que es este oficio de escritor público cuando es algo más que ganapanería? Oye uno para poder hablar, lee para poder escribir, esto es, consume para poder producir. O mejor, se consume para poder producirse, y se produce para recobrarse a sí mismo de la propia consunción. Y cuenta que producirse es reproducirse, reproducirse en otros, y siempre con el hipo de poder dejar en la vida común de este mundo, en su historia, rastro y reguero. ¿Y cuál mejor modo de ir haciendo y rehaciendo este nuestro bien común que es la lengua con que nos entendemos? Créeme que los que hagamos lengua haremos pensamiento y sentido comunes.

¿O es que quieres que venga acá a ofrecerte soluciones? ¡Dios me libre y Dios te libre de ello! ¿Soluciones, y sobre todo eso que llaman soluciones concretas? No es mi menester ni mi empeño el ofrecértelas. Yo no vengo a proponerte soluciones, sino a ayudarte a que pongas claridad y densidad en tus propias cavilaciones, si es que las tienes. Y si no las tienes, peor para ti. Yo vengo a presentarte visiones, y previsiones, y espectaciones, y a que, merced a mi obra, trabajes en ellas. ¿A que te dé ideas? Nadie da a otro ideas, sino, a lo sumo, le ayuda a que se las dé él a sí mismo. ¿Y cómo? Estimulándole a que se exprese. Y si Só-

crates se llamaba a sí mismo partero —hijo de partera fué—, es que con sus exámenes obligaba a sus oyentes a que parieran, es decir, a que expresaran sus propias ideas, las que de sus propias sensaciones se les cuajaban. Fué partero y escultor, que es lo mismo. ¿Crees, por ejemplo, lector amigo, que te voy a dar la idea de República? Que no la tienen los más de los que se dicen, por decirse algo, republicanos. No; el contenido expresivo de esa palabra, república en general, sin más que un valor sentimental, y aun menos, ritual, tienes que buscártelo tú mismo. Como no quieras que sea el santo y seña de una clientela.

Y todo esto, al fin de cuenta, es que conversando así —y conversar es convertirse, como expresar es exprimirse— nos hagamos del lenguaje común, que es la verdadera patria de nuestros espíritus, algo vivo, en creación y re-creación continua. ¿Te parece poco, lector amigo? Y basta de confidencia.

AHORA que más que nunca anda en lenguas la lengua española —queremos decir, es claro, la castellana—, se me dirige un joven recordándome como en Italia se formó una Asociación Dante Alighieri, que no sabemos si subsiste y obra, para difundir fuera de Italia, y, sobre todo, donde hubiere colonias italianas, el italiano, para hacer de este idioma un idioma ecuménico o universal; esto es: imperial. Y propone que, a semejanza e imitación de ello, se forme aquí, en España, una Asociación Cervantes para la difusión y el arraigamiento de la lengua española, no sólo entre las demás naciones de otras lenguas, sino en las que, teniéndola por nacional, la ven expuesta a graves acometidas. Y hasta, naturalmente, en la misma España.

Fiamos muy poco de semejantes Asociaciones, y menos en pueblo tan poco asociativo como el nuestro. Competería, más bien, a organismos oficiales

el cuidar de ese menester de cultura española. Promover, por ejemplo, la creación de escuelas españolas en países de otra lengua y ayudar a los muchos lectores de español que en Universidades, Liceos o en academias particulares se cuidan, por ahí fuera, de difundir el mejor conocimiento de nuestra lengua. Y acaso ayudar también a los que con hábiles traducciones despiertan en otros pueblos el deseo de conocer mejor, y en su propia lengua, nuestra literatura.

Pero hay que principiar por el principio. Y es por difundir el mejor conocimiento de la lengua española en España misma. Si un pueblo aspira a que su lengua se haga ecuménica, universal, imperial en una palabra, es dentro de sí, en su propio seno, donde tiene que dotarla de universalidad, de imperialidad. En este caso, el cultivo extensivo tiene que ir precedido del cultivo intensivo. Si queremos que los otros, los extranjeros, se muevan a aprender nuestra lengua para mejor entenderse con nosotros, lo primero es que digamos en ella cosas que merezcan ser sabidas y ser sabidas en la forma misma en que se expresan. Recordemos la anécdota —histórica o leyendaria— de aquel rey de Inglaterra que le preguntó a un cortesano si sabía español, y cuando ese cortesano, algún tiempo después, le dijo que lo había ya aprendido, esperando, acaso, que ello le valiera algún cargo, el soberano le contestó: "Pues ahora podéis ya leer el

'Quijote' en su propia lengua." Una lengua, como la moneda, corre, logra curso universal, cuando es de oro de ley, sea cual fuere su cuño. El cuño no asegura curso forzoso. Aunque a las veces ocurra en lengua y en literatura algo parecido a lo que en economía monetaria se llama la ley de Gresham, o sea que la moneda mala expulsa del mercado a la buena. Así suele ocurrir no pocas veces con las malas traducciones que expulsan a las buenas.

Y ¿por qué las malas traducciones, las de baja ley, expulsan a las buenas? Porque exigen menos atención. Que es a lo que se debe que una gran parte de lo que se llama obra de vulgarización sea obra de avulgaramiento. La gente quiere ahorrarse atención, sigue la línea del menor esfuerzo y prefiere los escritos que le exijan menos esfuerzo para entenderlos. Y así se llega a una lengua imprecisa, hecha de tópicos, de lugares comunes y de fatales definiciones. Y más en país como el nuestro, donde, como no se enseña a escribir —en nuestra segunda enseñanza están casi proscritos los ejercicios de redacción—, no se aprende a leer. Cierto es que los ejercicios de redacción, lo que en Francia llaman los "devoirs" —lo hemos dicho antes de ahora—, exigen un enorme trabajo a los maestros que han de corregirlos. Y donde no se enseña a escribir no se enseña a leer, como donde no se enseña a bien hablar, no se enseña a bien oír y bien escuchar. De aquí que entre nosotros sean tantas las

palabras que al cobrar un valor emocional, generalmente morboso, han perdido su validez conceptual.

¿Y la Academia? —se nos dirá—. Dejemos a la Academia con su lema de "limpia, fija y da esplendor". La vida es otra cosa. Una lengua nacional, verdaderamente nacional, es la lengua de una nación, y una nación, que es un nacimiento —ciego o sordo "de nación" se llama entre el pueblo al que lo es de nacimiento—, que es un perpetuo nacimiento, es la que está de continuo naciendo, haciéndose —y deshaciéndose y rehaciéndose— en perpetuo proceso constituyente y reconstituyente. Lo otro, lo que se entiende en general, bien o mal, por académico, es cosa de Estado. Una lengua académica, oficial, es una lengua de Estado. Y si la nación es lo que de continuo nace, el Estado es lo que se está, lo constituído. Y si el Estado es lo que se está, también un estatuto es algo que se está, algo estatuído. Y lengua de Estado como lengua de estatuto no son propiamente, ni una ni otra, lenguas de nación, de nacimiento. El lema de una comunidad empeñada en que su verbo se difunda debería ser éste: "acrece, replanta y da valor".

"¿Qué hace usted —se me preguntaba no hace mucho— para defender nuestra lengua castellana?" Y hube de responder: "¿Que qué es lo que hago para defender nuestra lengua castellana? Pues decir y escribir en ella lo mejor que puedo y culti-

varla y precisarla y rehacerla y hacer que esté naciendo, que esté renaciendo día a día, y arrancarla lo que puedo a lo más estadizo de su estado para volverla a su nación, a su nacimiento perpetuo. Y, como toda defensa tiene que ser ofensiva, con ella ataco para defenderla." Así dije y lo repito. Si los que escribimos en español decimos en él cosas de sustancia universal y duradera que no pueden comprenderse bien sino en la lengua en que las decimos, en la lengua que las dice —y las piensa, pues es la lengua misma la que en nosotros piensa—, ya se moverán los demás a aprender esta nuestra lengua. Como yo me moví hace unos años a aprender el danés para leer a Kierkegaard, cuyas obras no estaban por entonces traducidas por entero a otros idiomas, lo que me permitió poder leer en su original además a Ibsen, Bjoernson, Hansum, Jacobsen y otros daneses y noruegos. Hasta el papel moneda, el billete de Banco, se defiende por el oro que tenga en caja el Banco que lo emita.

Hay que tener muy en cuenta que se piensa con palabras, o, mejor, que se piensa palabras, y que sólo piensa bien el que se expresa bien, que nadie tiene más ideas que palabras y a la vez que la riqueza no es cosa de cantidad, sino de calidad, pues vale más una onza de oro que un montón de calderilla, y que lo que procede es acuñar oro de ley de lengua. Y a la vez que hay que luchar contra la

pereza mental de las gentes, que, conforme a esta nueva ley de Gresham de que decíamos, dejan la moneda buena, por no ensayarla y comprobarla, y se quedan con la mala. Aunque en este respecto se nota un muy grande adelanto en la masa de los lectores españoles, que cada vez hacen más esfuerzos de atención para librarse de la terrible costumbre de hacer que se piensa con tópicos, lugares comunes, frases emocionales, sentencias litúrgicas, definiciones programáticas y toda clase, en fin, de camelos.

Y además, en otro respecto, de nosotros, los españoles, de cada uno de nosotros, aun sin asociación, depende que nuestra lengua llegue a gozar en las reuniones internacionales la misma consideración que el francés, el inglés y el alemán.

En burla, aunque injusta, de la escolástica medieval ha podido decirse que sus diferentes escuelas hacían consistir las cosas, ya en la consistidura, ya en el consistir, ya en el consistimiento, ya en la consistencia, ya en otras denominaciones, que no definiciones, análogas. En resolución, logomaquias. Y ni cabe llamarlas ideologías, sino fonologías; pues no se trata de ideas, sino de voces. Y hoy nos encontramos en una escolástica política y revolucionaria. Las supuestas definiciones no son más que denominaciones. En que a las veces el toque está en el orden de factores, que parece alterar el producto. Así hemos oído la diferencia que va del socialnacionalismo al nacionalsocialismo, dos consistiduras diferentes y un solo camelo verdadero. Y alguien nos ha preguntado seriamente si radical socialista es lo mismo que socialista radical, a lo que, ¡es claro!, no supimos qué responderle. Otras

veces el punto estriba en obtener un anagrama de iniciales, y así hemos pensado en lanzar el partido revolucionario individualista popular, o sea R. I. P. ¡Y amén! Fonología más o menos....

¿Pero es que el orden de factores no altera el producto? Ahí está el viejo lema tradicionalista de "Dios, Patria y Rey", que los directoriales de la Unión Patriótica cambiaron en "Patria, Religión y Monarquía". Y lo cambiaron por inspiración fajista, para poner la Patria por encima de todo, en concepción y sentimiento paganos. Y como no se atrevieron a ponerla antes que Dios, a hacer del Estado Dios, a la pagana, cambiaron los personales y concretos Dios y Rey por los impersonales y abstractos Religión y Monarquía. Aunque, en rigor, en vez de Religión debieron haber dicho Iglesia. Y dejarle siempre a Dios fuera.

¿Qué es hoy la lucha en Italia entre el fajismo y el vaticanismo, que parecieron conchabarse un momento? ¿Qué es el duelo entre Mussolini y Pío XI? Es el mismo viejo duelo medieval entre el Pontificado y el Imperio, entre la Iglesia y el Estado, entre la religión y la patria. Dejándole siempre fuera a Dios, que no necesita ni de Pontificado, ni de Iglesia, ni de religión, y mucho menos de Imperio, de Estado o de Patria.

¡Dios! ¡Dios sobre todo! Sí; pero para el místico, para el perfecto individualista, para el que resiste a todo partido civil. Dios es el universal

concreto, el de mayor extensión y, a la vez, de mayor comprensión; el Alma del Universo, o dicho en crudo, el yo, el individuo personal, eternizado e infinitizado. Toda teología es una *egología.* Y por eso aquel nuestro R. P. fray Juan de los Angeles, franciscano; aquel que dijo que Dios "en cuanto hizo dejó olor de su divinidad y grandeza", y que "viviendo en carne mortal nunca se ven y gozan los rayos de su divina luz si no es por entre los dedos de las manos de Dios", exclamó en un arrebato de divino egoísmo: "¡Yo para Dios, y Dios para mí, y no más mundo!" ¿Mas qué era Dios para el *ególogo* fray Juan de los Angeles? Era: que se "debe considerar todo el mundo como un cuerpo, cuyos miembros son todas las criaturas, y cuya ánima es Dios". Y así nuestro castizo místico franciscano español, al no pedir más mundo que Dios es que pedía el alma del mundo con sus criaturas todas. Su alma, no su idea; personalidad, no idealidad. ¿Mas es esta posición civil?

¿Civil? San Agustín habló no de Estado, ni de Imperio, ni de Patria, pero ni propiamente de Iglesia, de Pontificado o de religión, sino de la Ciudad de Dios. San Agustín era un jurista romano y su teología fué jurisprudencia. Y en concepción augustiniana cabe invocar a Dios por encima de la patria y de la religión, del Estado y de la Iglesia, del Imperio y del Pontificado, que son cosas del cuerpo del mundo, pero no de su alma, no de su

alma inmortal. Y el terrible —¡terrible, sí!—místico ególogo—ególogo y egolátrico—, al pedir esa alma del mundo, pide una ciudad, pide una comunidad, pide una comunión. ¿O no es acaso que al enseñarnos el Credo, en la escuela, antes de "la resurrección de la carne y la vida perdurable", se nos enseñó a creer en "la comunión de los santos"? ¿Y qué es la comunión o comunidad de los santos en la vida perdurable sino la Ciudad celeste de Dios, la eterna sociedad futura? ¿Qué es, sino la patria eterna e infinita, el reino de Cristo, que no es de este mundo?

¿Logomaquias? ¿Egologías? ¿Consistiduras? Dicho llanamente: que al poner a Dios, a mi Dios, sobre todo y por encima de la patria y de la religión, del Estado y de la Iglesia, del Imperio y del Pontificado, declaro que hay algo que no puedo ni debo sacrificar ni a la patria, ni a la religión, ni al Estado, ni a la Iglesia. ¿Qué es esto?

¿He de continuar? ¡Porque cualquiera se hace oír sobre esto en medio del actual barullo de escolástica de partidos políticos con sus definiciones... fonológicas! O sea verbales. Y verbosas.

Y a ese lector que me pide que no abuse de la Historia Sagrada he de decirle que toda historia es sagrada, que la Historia es el pensamiento de Dios, y que su fin es forjar, no patria, ni Estados, ni Imperios, sino almas individuales, personas, hombres. Como el léctor ese y como MIGUEL DE UNAMUNO.

PERO ¿es que puede usted creer, señorito mío, que encuentre yo un regodeo enfermizo, casi sádico, en zambullirme al hondón de la realidad, donde su idealidad descansa, en vez de chapotear en su sobrehaz? La sobrehaz de la realidad es lo que suelen ustedes, los señoritos, llamar la actualidad. La actualidad de lo real, a lo que yo opongo la potencialidad de lo ideal.

Usted, señorito mío, debe saber, aunque no lo sepa, la diferencia, muchas veces oposición, que hay entre lo en acto —*in actu*— y lo en potencia —*in potentia*—. Entre la actualidad y la potencialidad. Y no debería chocarle, por lo tanto, que me interese tan poco la actualidad española política y religiosa, como me interesa tanto la potencialidad. Me esfuerzo por descubrir lo que pueda salir de las afirmaciones, hoy veladas, que latan en el fondo de nuestra vida espiritual común, de nuestra concien-

cia pública, porque en la sobrehaz, en la actualidad política y religiosa, no descubro más que negaciones. Negación fué ayer el movimiento anti-monárquico y negación es hoy el movimiento anti-republicano. Negaciones que llevan al desencanto del que cree llegar a la tierra de promisión, sin percatarse de que no es tierra, sino que es, como el Paraíso, sueño. Y lo mismo el Paraíso antes de la historia, o sea el cristiano, que Paraíso después de la historia, o sea el comunista. Porque fuera de la historia es fuera de la realidad. Realidad que descansa, se lo repito, en idealidad, que es lo potencial.

Y ustedes, ¿qué potencialidad representan? ¿O qué idealidad?, que es lo mismo. ¿Cree usted que voy a tomar en serio ese santo y seña de "¡viva Cristo rey!"? ¿Qué quiere decir esto? ¿Es en este grito Cristo lo adjetivo y rey lo sustantivo, o al revés, Cristo lo sustantivo y rey lo adjetivo? ¿Quieren dar vida a un rey cristiano o a un Cristo monárquico? ¿Y no resultará todo ello, bien desmenuzado, un galimatías? ¿O no será como un "¡viva la Virgen!" o un "¡viva la Pepa!"? La Pepa era, ya lo sabrá usted, aquella Constitución liberal que se promulgó un día de San José.

No quiero volver a recordarle lo de que Jesús, el Cristo, huyó al monte cuando las turbas quisieron proclamarle rey, y cómo quien le proclamó tal fué Pilatos con el I. N. R. I. Quiero sólo recordarle lo del César y Dios. Cuando para tentarle a Jesús

los escribas le preguntaron si era debido pagar tributo al César, y él tomando la moneda les preguntó a su vez, calándoles: "¿Cuyo es el cuño?", y al responderle: "Del César", dijo el Maestro: "Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios." O sea: al César el tributo, el dinero, la hacienda, y a Dios; ¿qué a Dios? Y nuestro poeta católico español, el de *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea,* dejó dicho: "Al rey la vida y la hacienda —se ha de dar; pero el honor—es patrimonio del alma— y el alma es sólo de Dios." Al rey o al César. Porque ya los judíos, cuando Pilatos les preguntaba si habría de crucificar a su rey, respondían: "No tenemos rey, sino César." Al rey, al rey del alcalde de Zalamanca la vida y la hacienda, y a Dios... ¿el honor? El honor, el honor caballeresco, calderoniano, no es un puro sentimiento cristiano, sino mestizo de cristiano y pagano. A Dios, pues, ¿qué? A Dios, el sueño de la vida, la fe de esperanza. Y he aquí por qué no me doy cuenta de lo que quieren decir con lo de "¡viva Cristo rey!", sobre todo cuando de lo que tratan es de regatear, o acaso de escamotear al César, al Estado, a la República, el tributo que se le debe; de defraudar a la Hacienda.

No, no sé qué buscan con clavar al Cristo a la realeza, como no sea volver a crucificarle; no sé qué potencialidad cela su campaña. Y menos sé lo que pueda llegar a ser un partido católico entre

nosotros. Y cosa terrible, señorito mío, si debajo de ese santo y seña de Cristo rey se ocultara un designio de sisar el tributo debido al César. Porque usted sabe que hay casuistas que sostienen que el matute y el contrabando no son pecados. Que podrán no serlo contra el séptimo mandamiento, el de no hurtar; pero lo son contra el cuarto, honrar padre y madre, en que entra, según se nos enseñó en la escuela, obedecer a lo que mandan las autoridades legalmente constituídas, sea la del César, sea la del alcalde de Zalamea. Y las autoridades civiles mandan pagar tributos.

¡Ay, si debajo de ese "Cristo rey" se ocultan propósitos de orden económico! ¡Ay, si debajo de ese santo y seña está la raíz de todos los males, que es, como dijo el Apóstol, el amor al dinero! (I, Timoteo, VI, 10). ¡Ay, si no advierten el cuño de la moneda que buscan defraudar! Y aun me queda qué decirle de esa realeza de similor.

CRISTIANISMO MONARQUICO Y MONARQUISMO CRISTIANO

He leído que en alguna procesión u otro acto público de culto católico algunas damas dieron en gritar "¡Viva Cristo Rey!" No es de creer que quisieran decir "¡Viva el rey!", que no debe ser ya, como lo era antes del advenimiento de la República, un grito subversivo, sino, por inocente, permisible, y que lo de sacar el Cristo fuese para despistar; suponemos más bien que con ese piadoso grito trataron de manifestar su cristianismo monárquico o su monarquismo cristiano, lo que no es igual. De todos modos, el "Viva Cristo!" con rey o sin rey es algo así como aquel "¡Viva Dios!" que solía lanzar el piadosísimo general carlista Lizárraga cuando entraban en acción sus tropas. "¡Viva Dios!" que no es el "vive Dios que..." clásico y castizo, sino algo como el ya famoso "¡viva la Virgen!" Ingenuas y candorosas explosiones de un simplicísimo sentimiento religioso. Pero por si en

ese grito se oculta otro sentido, bueno será que esas damas se den cuenta de la realeza evangélica del Cristo.

Cuenta el cuarto Evangelio (Juan, VI, 15) que cuando después que Jesús multiplicó los panes y los peces para los cinco mil varones que se recostaron sobre mucha hierba, éstos quisieron arrebatarle y hacerle rey, y retiróse él solo al monte. Huía de que le hicieran rey y no más que por haber multiplicado peces y panes. Peces y panes que son cosa de este mundo, mientras que el reino del Cristo no es de este mundo, como se lo dijo él mismo a Pilatos (XVIII, 36). Era Pilatos, el que lo entregó a los judíos para que lo crucificaran, el que se empeñaba en proclamarle rey. "¿Luego eres tú rey?", le preguntó, y respondió Jesús: "Tú dices que yo soy rey" (v. 37). Y fué Pilatos mismo el que le hizo proclamar rey cuando hizo poner en la cabecera de la cruz en que agonizó y murió aquel letrero trilingüe que decía: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*, y el que al decírsele que pusiese que había sido el mismo Jesús el que se dijo rey, contestó: "Lo escrito, escrito queda." (Juan, XIX, 19-23). ¿Y qué hay en este pleito entre Jesús y Pilatos a cuenta de la realeza de aquél?

Lo que hay es que el Cristo no se sentía rey de este mundo, rey político, sino que eran las turbas hambrientas de pan y de peces las que querían hacerle rey, y él huía de esas turbas y de la política

nacionalista de ellas. Por lo que le tentaban los escribas y fariseos para presentarlo como un sedicioso, un faccioso, contra el César, y es cuando dijo lo de "Dad al César lo que es del César", es decir, el tributo y con él la política. Escribas, fariseos y sacerdotes, para quienes el Cristo era un faccioso, un sedicioso, un antipatriota, que ponía en peligro la independencia de la nación judía. "Si le dejamos —decían—, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación" (Juan, XI, 48), y luego: "Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda." (v. 50). Y por esto, por antipatriota, hicieron los sacerdotes que se le crucificara, y por lo mismo hizo poner Pilatos el letrero trilingüe, como queriendo decir: este es un sedicioso alzado contra el César. Más él, el Cristo, jamás se proclamó rey de este mundo, rey político. Agonizó y murió bajo el rótulo de rey, y fué rey de agonía.

El Cristo rey, pues, y no de este mundo, es el Cristo desnudo, sin manto ni cetro, crucificado por antipatriota y agonizando en la cruz, el Cristo de la agonizante también piedad popular cristiana española. Y a ese Cristo desnudo y ensangrentado y acardenalado se le adivinan, casi se le transparentan tras las lívidas carnes, las entrañas todas. Allí dentro hay entrañas de hombre, estómago, hígado, bazo, pulmones, corazón, las vísceras todas. Y se-

ría un despropósito querer sacarle una cualquiera de ellas y ponérsela fuera, sobrepuesta. Qué sentido tendría ponerle o pintarle a un Cristo crucificado y desnudo un corazón al lado izquierdo del pecho? Revolveríase contra esa incongruencia tanto el sentimiento religioso como el estético. ¡Poner un corazón de pega, a modo de una condecoración, sólo se explica sobre la túnica de un Cristo vestido, que acaso no es más que un maniquí! Un corazón así, de pega, desprendido de la red toda visceral de que forma parte, sólo se explica sobre una túnica que quiere acaso ser manto real, manto político. Y sobre ese corazón de pega, que no es el corazón entrañado del cuerpo desnudo y agonizante, sobre ese corazón, un "Reinaré en España y con más veneración que en otras partes."

Y ese corazón ensento, separatista —pues se separa del resto de las entrañas corporales— y... real es un corazón que a las veces se trueca en olla ciega o alcancía, si es que no en buzón. Pues le hay que recibe papeletas en que van escritos los nombres de los donantes que contribuyeron con mayores cantidades a la erección del monumento. Lo cual tiene sin duda que ver con los panes y los peces, pero no con la realeza del otro mundo, sino con el tributo al César.

Si las damas de la Acción Católica que lanzan al aire esos vivas inflamados de monarquismo leyeran más los evangelios —con notas o sin ellas— que

las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque, podrían darse más clara cuenta de la realeza del Cristo y a la vez de su cordialidad. Y si estudiasen un poco de anatomía y fisiología, aprenderían que el corazón, el de entraña y no el de pega, es algo más que una bomba aspirante e impelente.

EL HIJO DEL HOMBRE Y EL SEÑORITO

SI, señorito mío; aún me queda mucho que decirle a propósito de eso del Cristo Rey. Y ante todo recordarle, si es que los sabe, detalles de aquella divina escena de tan íntima ternura evangélica. Siguió a Jesús allende el mar —lago— de Galilea, de Tiberíades, mucha turba —uno de ustedes, señorito mío, le llamaría chusma— que sintió hambre y el Hijo del Hombre se aprestó a satisfacérsela. Y les mandó sentarse. "Pues había mucha yerba en el lugar", dice el sagrado texto; yerba, alfombra del campo libre bajo el cielo, tapiz del pobre. Y después que su hermano, el Hijo del Hombre, les satisfizo las ganas, conociendo él que iban a arrebatarle para hacerle rey, "se retiró de nuevo al monte, él solo". (Juan, VI, 1-16). Se retiró o se recogió; el texto emplea el verbo griego de donde deriva la voz "anacoreta". Jesús volvió, él solo —"monos", como un monje, esto es, un solitario —al monte, su monasterio. Así se retiró, recoleto; así huyó de

la turba, de la plebe, de los hombres humildes y confiados que querían rendírsele vasallos, sumisos, fieles. Y ¿cree usted que habría hecho lo mismo si en vez de plebeyos de turba, de chusma, hubieran sido señoritos más o menos aristócratas que se le ofrecieran cortesanos, palaciegos? No, que entonces los habría echado a latigazos como echó del templo a los mercaderes. Pero los señoritos de entonces ni le seguían a campo traviesa ni se sentaban sobre la yerba a orillas del lago. Y fué la chusma azuzada por los señoritos la que luego aulló que no tenían más rey que el César.

¡Cristo Rey! ¿Cristo Rey ustedes, los señoritos, los cortesanos, los palaciegos, los aristócratas? Sí, sí; andan ustedes despotricando contra la escuela única y laica, sin saber bien lo que ello sea y quiera decir, contra la enseñanza de Estado; pero ¿por qué no hicieron ustedes o sostuvieron la Iglesia única y laica también, esto es, popular? ¿Es que puede quejarse de lo que viene esa corrompida aristocracia, esa nobleza titular española a la que usted, señorito mío, pertenece, y que jamás comulgó con la plebe, con los plebeyos, con los que se recuestan para comer sobre la yerba del campo libre, que jamás participó de verdad en la vida parroquial, popular, laica? ¿Es que pueden escandalizarse de antemano por la suerte que se le reserva al clero secular, parroquial, popular, laico,

los que entre su servidumbre tienen un capellán para su oratorio privado, para su capillita doméstica, o un curita que haga de ayo, de pedagogo de sus hijos? ¿Esos que, como decía un ingenioso artista bilbaíno, quisieran que se les diese a comulgar con hostias de canto dorado? ¿Es que esas damas de Estropajosa, malhechoras del bien, que se gastaban su director espiritual al servicio de sus casos de conciencia, dejando para la plebe que se recuesta a comer su comuña y su pescado sobre la yerba del campo, al pobre cura de misa y olla —olla podrida de pobre—, tienen ahora derecho a pedir al Cristo, engaitándole, que como rey les admita de azafata en su Corte? La aristocracia española ha traicionado a la patria y a la iglesia españolas: a la patria nacional, popular, laica y a la iglesia también nacional, popular, laica.

Esa nobleza titular a la que usted, señorito mío, pertenece empezó abandonando el campo donde sudaban y se gastaban, rezando para consolarse, los pobres renteros que con sus rentas les procuraban los tapices en que pisar en sus palacios de la corte; muchos de esos titulados nobles ni siquera conocían las tierras que les alimentaban. Supongo que usted sabe lo que son pueblos de señorío. Y ¿es esa nobleza cortesana y los que se le arriman, los que pretenden, al proclamar de boquilla rey al Cristo. traernos otro?

Sí, ya sé que un rey dinástico, un cesarillo al uso de ustedes, en uno de los días de la litúrgica Semana Santa de Pasión, lavaría los pies —ya bien lavados antes— de unos cuantos pobres de solemnidad, escogidos y ataviados para la solemne fiesta; pero esto, ¿cree usted que sería cristiano?

Usted fué educado en un colegio de jesuítas, donde en el lugar del crucifijo, del Santo Cristo, a la cabecera de cuya cruz está —I. N. R. I.— su proclamación de rey por Pilatos, estaría —A. M.D. G.— esa exótica imagen del Sagrado Corazón, con uno de pega, desentrañado, fuera de las entrañas del Cristo, prendido como una decoración cortesana sobre la túnica azul. Y acaso aquellas palabras de la "revelación" al P. Hoyos, S. J.: "Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes." Y es éste, el del corazón de pega, el rey que piden ustedes que reine; no es el Santo Cristo nacional, popular, laico —"no ha habido rey que lo sepa ser sino el sólo", dijo Quevedo—, sino el cortesano, el palaciego, el capellanesco, el jesuítico. Le digo, pues, y le repito que el evangélico, el galileo de las orillas del lago de Tiberíades, no se retiraría de ustedes, solo, al monte, sino que les arrojaría a latigazos. Y puede que les llamara "lechigada de víboras" como les llamó a los fariseos.

Y sobre todo lo que subleva a toda conciencia cristiana popular es que alcahueteen ustedes con el

santo nombre de Cristo tomándole de broquel para otros propósitos nada cristianos. Pónganse un escapulario con el "¡detente bala!"; pero échense al monte sin tapujos. No al monte, claro está, a que se retiró, solo, el Cristo para que no le hiciesen rey. No era su hora todavía.

¿EN qué recodo de esquina de España hallar sosiego seguro en estos nuestros tiempos seglares que se amontonan entrechocándose? Sosiego para recobrar huelgo, y después.... ¿Después? ¡Sosiego! ¡Qué palabra tan nuestra, tan castellana!, de las que se paladean. "¡Sosegaos!", solía decir Felipe II de España, el Prudente, a los que se estremecían ante su mirada de acero limpio y dulce. "¡Sosegaos!" Sosiego el del cartujo que se aceita para el viaje sin fin y se olvida, de puro pensar en ello, de que tiene que morirse, y le deja el orujo al cerdo —o al jabalí—, empeñado en hozar trufas en tierra. ¿Dónde hoy el sosiego íntimo en España? Que el sosiego no es fiesta, ni menos festejo, no es esparcimiento, sino recogimiento. El sosegado no se esparce, sino que se recoge. En la fiesta suele haber desasosiego, que se trata de ahogar con la fiesta misma. El silencio del sosiego bizma al

ánimo como no le bizma la música de la fiesta. Y si la muerte llega, según el inmortal coplero, "tan callando", es porque con su silencio nos briza para el sueño de la eternidad. ¡Sosiego seguro y silencioso! ¿Dónde encontrarlo hoy?

¿Dónde? ¡En el seno mismo de la batalla inacabable! Pasé más de una docena de años de mi apretada mocedad trabajando en una obra, en una especie de epopeya de la guerra civil que brizó los ensueños civiles de mis años mozos, a que titulé "Paz en la guerra", y dentro de aquel trabajo, que era también, a su modo, una guerra, hallé paz y el contento que la paz ganada en guerra trae consigo. "Hay que trabajar, nada más que trabajar" —"il faut travailler, rien que travailler"— le escribía el gran escultor Rodin al gran poeta Rilke. ¿Nada más que trabajar? Pero es que el trabajar, cuando no es trabajo servil, cuando no es maldición del Altísimo, es más que puro trabajo que busca fruto externo. Es rezo y es sumersión en las aguas del misterio del destino. Dar con el mazo es rogar a Dios y pedirle luz.

Porque otro poeta, el gran poeta civil de la Italia unificada, de la tercera Roma, Josué Carducci, dijo: "Meglio oprando obliar senza indagarlo questo enorme mister del universo"; esto es: "Mejor obrando, olvidar sin indagarlo, este enorme misterio del universo." Obrar no es propiamente trabajar tan sólo, pues hay trabajos que se emprenden

sin esperanza de rendir obra. Y son trabajos de desesperación, de maldición. Pero ¿es que cabe obrar, conseguir obra, crear algo, sin indagar, por el mero hecho de la operación, este enorme misterio del universo? ¿Es que todo trabajo fecundo no es una indagación de misterio? ¿Es que quien pone toda su conciencia en su propio trabajo, en el de su vocación, no está indagando el enorme misterio de su propio destino? Y en este trabajo se halla sosiego. Como la eternidad no está fuera del tiempo, sino en sus entrañas, así la paz está en las entrañas de la guerra y el sosiego en las de la revolución. Y he aquí cómo al revolver de los años, cuando voy frisando en los sesenta y ocho, me revuelvo a las meditaciones de cuando entraba en mis veinte en aquel mi Bilbao palpitante de los ecos de la contienda civil entre dos tradiciones españolas. Y la contienda sigue. Y sigue la guerra. Pero sigue también la paz.

¡Sosiego! ¡Sí, sosiego! En este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España —nuestra si la hacemos nosotros—, cada uno según su vocación y su profesión, yo, procurando aclarar con la limpieza de nuestro lenguaje la limpieza de la obra que estamos obrando, en este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España, el sosiego está en contemplar, en momentos de silencio y seguridad, la Historia ya hecha, en contemplar nuestra obra. ¡Y esto sí que es una fiesta del alma

eterna! ¿Qué aún queda por hacer? ¿Y quién nos quita ya lo hecho?

Seguimos haciendo a España, que es obra sin fin y obra de continuidad. En cualquier tarea que se nos presente, que nos imponga la Providencia divina, por ejemplo, en lo que se llama la reforma agraria, no se trata sólo, ni aun primeramente, del bienestar material y terreno del pueblo trabajador, se trata de ir formando a la patria para su último destino histórico. Y así, en el caso de esta reforma, se trata de una obra que cuadra al pueblo español como tal. Y aquí, donde vivo y escribo esto, al pueblo castellano. Y pienso, al contemplar las sosegadas encinas, flor de la roca, de los campos que ciñen a esta ciudad gloriosa de Salamanca, encina plateresca y arenisca también, pienso que en generaciones venideras puedan los nietos de nuestros nietos, al pie de esas encinas, no taladas por la ciega codicia de los roturadores, gustar sosiego pensando en nuestras obras de reforma.

Sí, disturbios, cargas, huelgas, atracos, refriegas... e infundios. Y ¿dónde y cuándo no? Lo que no excluye, sino que más bien incluye la íntima paz, la que cimenta la guerra, el sosiego entrañado. Y merced a esos inevitables disturbios, se nos va aclarando el enorme misterio de nuestro providencial destino histórico. Porque nunca hemos pensado más los españoles en lo que ha sido, en lo que es, en lo que será, en lo que podrá llegar

a ser España —pensar en lo que pudo haber sido no es sino ocioso desvarío—, que pensamos ahora. Y lo pensamos haciéndola y por hacerla. Y esto sí que es continuar la historia de España —lo de Cánovas del Castillo, liberal, después de todo—, y esto sí que es restauración. En la que colaboran los que se proponen, torpe y ciegamente, estorbar el enraizamiento del régimen republicano, y que son, sin saberlo ni quererlo, la oposición de la República al Gobierno republicano.

¿En qué recodo de esquina de España —os decía— hallar seguro sosiego en estos nuestros tiempos de lucha civil? No en recodo de esquina, sino en medio de la plaza pública, recogiéndose cada cual, a sus horas, en medio del público esparcimiento. Y cuando nos llegue la que se viene "tan callando" nuestra obra nos abrirá el enorme misterio del destino histórico de nuestra —¡nuestra!, ¡nuestra!— España.

REPOSAR con la vista el ánimo en la raya horizonte del mar Cantábrico, tratando de olvidar la realidad histórica presente de nuestra desgarrada España.... ¿Realidad? Pero es que de la realidad y de los problemas reales —los otros sin duda ideales— se está haciendo camelo. Bueno; y después de haber así reposado con el ánimo la vista en ese mar, meterme en la Colegiata de San Vicente de la Barquera, que atalaya al mar, y contemplar, embebido de esperanza, la estatua marmórea del inquisidor Corro, recostado sobre su sepultura. Con la diestra sostiene la cabeza meditativa; la mano izquierda sobre el breviario, también de mármol, en que parece leer en silencio rezos de eternidad. ¿Qué es lo que lee? Porque el marmóreo breviario está en blanco. Como nuestro porvenir. Pero hay que volver a esto que es la vida, a esto

que es el mundo, a esto que es la existencia que pasa.

"Hay que aislar al pesimista" —decía D. Alfonso—. Y así cayó. Porque era él quien se aislaba para no oír malas nuevas. Prefería las buenas viejas. Atajaba a quien pretendía advertirle peligros. Quiso hacer del optimismo una profesión. Y el republicanismo que le sucede le imita en esto como en otras cosas. No sabe abrir el pecho a la esperanza sin cerrar los ojos a la realidad sin retórica ni programa. "Aquí no hay más que Jeremías..." —me decía una vez el ex Rey—. El cual no tenía de Jeremías ideas más claras que la tengan los que hablan, sin conocerlo, del bravo profeta que le enseñó a su pueblo que merecía el cautiverio.

¿Y el marmóreo inquisidor Corro, el que duerme en San Vicente de la Barquera? El inquisidor sigue enquisando, sique inquiriendo. Y me parecía leer en sus soñadores ojos alabastrinos que decía: ¿"Comprensión?, sí; pero para el engaño. Porque no respondéis a mis esfuerzos de comprensión, con veracidad. Como buenos chalanes que sois no sois veraces. El toma y daca se basa en el engaño." Y pensé que un buen inquisidor es un comprensivo. Y luego me añadió Corro, el inquisidor: "¿Cordialidad?, sí; pero ante todo racionalidad." Y pensé que tenía razón el inquisidor, porque hay una razón inquisitiva y hasta inquisitorial. ¿Teo-

lógica? Sea. Pocas cosas más racionales y hasta más racionalistas que una sincera teología.

Y salí pensando tristemente, jeremíacamente acaso, bajo el pardo cielo montañés, que no vamos a lograr la unidad espiritual —que es la única que de veras importa— ni aun a costa de la unidad política. Porque hay quien no sabe hablar de sus libertades— que a menudo nada tienen que ver con la verdadera libertad, con la libertad real y efectiva —sin herir en la cuerda más viva del corazón de quien quiere oírle cordialmente. "No hay peor sordo que el que no quiere oír" —dice un dicho decidero—. "No hay peor resentido que el que no quiere entender" —digamos.

Corro, y con él los demás inquisidores, trataron de salvar la unidad espiritual de España, poniendo a su servicio la razón de Estado. Fué su obra más política que propiamente religiosa. ¿Que fracasaron? Habría tanto que hablar de esto.... Aunque sí, fracasa a la larga la Inquisición ortodoxa y la heterodoxa, y la católica y la protestante, y la racionalista atea y todas las inquisiones. Todas, ¿eh?, todas, hasta la de los que hablan resentimentalmente de sus supuestas libertades perdidas. Que también ellos son inquisidores, también ellos han establecido su Santo Oficio diferencial, también ellos castran la comprensión de sus pueblos, también ellos les empapizan de leyendas.

Y rota la unidad espiritual viene la peor guerra civil: la de miradas, la de cuchicheos, la de retintines, la de motes, la de no poder verse y tenerse que mirar.

¿Comprensión mútua? ¿Cordialidad? ¿Unidad espiritual? El inquisidor Corro sigue haciendo como que lee en el marmóreo breviario en blanco. ¡Y cómo pesa el mar y sobre el mar el cielo!

INDICE

INDICE

Este libro se acabó de
imprimir en los talleres
"Gráfica Panamerica-
na" el día 25 de mayo
de 1943